

LA FANTASMA
DE HIGUEY.

NOVELA ORIGINAL

DE

Javier Angulo y Garidi.



HABANA

IMPRESA DE A. M. DAVILA.—Aguilar, núm. 49.

1857.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LA FANTASMA DE HIGUEY.

Siempre hay en la turbulenta vida de los hombres un día que se eterniza, un día espléndido y magnífico, que jamás acalla sus variados ruidos, que jamás deja de oírse con su misma brisa perfumada. Teatro de algún suceso plausible ó doloroso, se levanta de continuo entre el pasado y el presente como una eternidad y como un símbolo: ¿quién podrá decir que nunca ha vuelto sus miradas sobre las huellas confusas que guían á la juventud, para verle allá, á lo lejos, y sonreír con tristeza ó suspirar con amargura?—Nadie seguramente: porque ese día figura en mitad de todas las existencias, porque su magnificencia esplendorosa, y el coro de sus murmullos, y el lamento moribundo de sus auras, brillan, y resuenan y se perciben á despecho de los encantos de la actualidad. Sí en el horizonte sensible del mundo que surcamos no quedarán dulces ó amargas prendas de nuestra alma: si fuera dable que á la caída del sol cayeran también nuestras im-



presiones en las tinieblas del olvido, y reanimados con la noche comenzáramos al otro día la jornada de la muerte sin descubrir siquiera un flotante celage del ayer, pronto á evaporarse, ó un punto pronto a oscurecerse.....Oh! Cuán grande, cuán inmensa y perfecta sería nuestra felicidad! Podría decirse entonces que como nuestros primeros padres, antes del pecado, vivíamos en el paraíso terrenal, ensayando delicias que mas luego ensancharíamos en la vida de los escojidos. Pero lejos de ser así, la memoria se apodera del pasado, lo recorre todo y al fin hace alto en el mas fuerte de sus latidos, es decir en su día mas memorable. El alma entonces se abstrae de mil maneras diferentes: ó el amor ocupa para ella todo el periodo de ese día segun el género de sus ocultas impresiones, ó la gloria se mece en sus perfiles como una flor suspendida al lado opuesto de un abismo imposible de vadear, ó la vision del desengaño se levanta con la aurora y la persigue, hasta el ocaso, arebátandole la voluntad de tender una mirada al porvenir.

A esa impremeditada y vaga excursion de la memoria, emprendida generalmente en el religioso silencio de la noche le da el mundo el nombre de recuerdo en todos sus idiomas, si bien con diversas articulaciones. Nadie, pues, existe, ni existir pudiera sin recuerdos; para unos son expiaciones verdaderas, ruedas de tormento que no cesan de girar á impulso de la conciencia: para otros sombras melancólicas de una felicidad desvanecida que evoca el dolor



en sus horas de suspiros y de lágrimas por medio del estéril silogismo, y para muy pocos partículas de luz, aromas y regocijos, que apesar de la distancia en que se mecen forman como el núcleo de un presente bonancible.

Ni amor, empero, ni gloria ni ventura me es dado recoger de esa escursion à que la humanidad tributa ofrendas sin propósito. La historia de mi alma habla de aquel divino sentimiento, en su único capítulo, sin turbulentos episodios; pues si no fué la suerte escasa, en ellos quedaron proscriptos, ó relegados al olvido como inútiles en los ilegibles borradores de esa historia misma. La gloria....ah! la gloria ni aun siquiera ha perfilado con su peregrina lambré los bordes de mi existencia tenebrosa; y antes que engrosar las filas de los que imaginándose comprendidos en su disco provocan el ridículo, la he considerado siempre como inexistente para mí sin que la sierpe de la ambicion haya podido hacer, equívoca mi gracia y estraviarme como á Eva estravió su rebeldía. Tal vez pudiera recoger mas de una palma sobre las cinceladas losas que cubren á mis abuelos....pero nada conseguiria, porque el genio simbolizado por ellas no se hereda, porque contra las creencias de la necesidad se marchitan y se secan, y vuelan en menudos polvos al espacio á poco de ser impiamente arrebatadas á sus lápidas. En cuanto á ventura, cuento la mayor de todas: —me conozco.

Los recuerdos, pues, á que me abandono en este instante son unos recuerdos relativos: v i-



ven en mi memoria, pero no proceden de mí mismo: se enlazan con mi ayer que personifico en un día, pero sin renegar de su origen. Veamos, por fin, de donde vienen estos recuerdos.

El amor, muchas veces fanesto, de la patria⁴ me arrebató ³ a la capital de Cuba, por los años de 1853 para tornarme al suelo desventurado en que nací á penas y en él que penas mayores que las ya pasadas me aguardaban. Largo y enojoso de narrar seria el fundamento de esta declaracion que hasta cierto punto parece una blasfemia: solo diré que acontecimientos de una naturaleza escepcional é inauditos en la historia administrativa de idénticos Gobiernos, hicieron que contra todas mis esperanzas trocara allí a poco tiempo la vida del ciudadano por la vida del montañés; afrontando ejercicios que si honrosos y halagüenos no por eso dulcificaban su incompatibilidad con las fuerzas vacilantes de mi cuerpo y de mi espíritu. Por consecuencia de estos mismos ejercicios, tan pronto vivia en el solitario y pacífico interior de las montañas, como en el pueblecillo de Higüey, cuyos habitantes nunca olvido, como en las desiertas y tendidas playas. Es decir, que llevaba una vida verdaderamente nómada, una perfecta vida de gitano: mas claro, que de patriota profundo ó de corazon, pero repudiado por la tiranía del cruel exclusivismo, vine á convertirme al cabo en *fo-astero* popular, no habiendo quien dejara de conocerme en toda la banda Oriental, desde el pueblo de Guerra



hasta la península de Samaná.

En una de esas playas, entre los lugares llamados Bzajibe y Cupayasa, tenía levantado su rancho un viejo pescador à quien daban el nombre de tío Bartolo: rancho rústico con paredes de yaguas cosidas entre sí, y techo de guano, en que yo me entregaba al sueño muchas veces solo, pues en la época de la *corrida del carey* el propietario se pasaba hasta una semana en la adyacente isla Catalina. Mi conocimiento con este anciano fué como una especie de ventura: no diré que era un pozo de abiduría, ó un genio singular perdido en aquellas soledades; pero puedo asegurar que me di el parabien de haberle encontrado en el camino de la vida porque en sus observaciones y en su modo de juzgar tuve motivos de bendecir mas de una vez una conciencia sin dobieces y un corazón virgen de toda pasión de mal linage. Ni le acompañaba una brillante educación, ni habia amaneramiento en sus modales: sin embargo era vigoroso en las imágenes y florido en el estilo: conocia profundamente el mundo, sin duda en gracia de terribles pruebas por los tiempos de su juventud, y desdeñaba las pompas mundanas antes por un sentimiento filosofico que por bastardo despecho. Además era un hombre verdaderamente honrado como la generalidad de los que no son de nuestro siglo, ó mas bien de los que no han tenido con él mucho contacto. En Santo Domingo no es difícil encontrar à cada paso con esta y otras muchas buenas prendas, lo cual se esplica en brevisimas palabras.



Durante cerca de media centuría ha sido por la fuerza de las circunstancias, un pueblo escéntrico; mas si esta actitud involuntaria le ha perjudicado en punto á civilizaci6n, puesto que desde entonces le divorció con todas las ideas avanzadas que hoy esplenden por el mundo, fuele, sin embargo benéfica en cuanto á sus virtudes, que libres á la acci6n corrosiva de esos mismos adelant6s se conservan puras, como los dias desvanecidos de su infancia, y casi elevadas á la suprema dignidad de una segunda religi6n.

El tío Bartolo contaba setenta y cuatro años de edad; pero tenia una estatura gigantesca, erguida sin soberbia: su frente era ancha, su mirada firme como la de los justos, su boca el órgano de la verdad: nada salia de ella que no fuese ó un vaticinio hijo de su experiencia y casi infalible como las revelaciones del Profeta, ó la historia fiel de los hechos, el Génesis natural y sencillo de la humanidad de hoy. Agil y fuerte en medio de sus años, al verle en el bote de vela á tina cruzar las olas agitadas con la rapidez que cruzan el espacio los relámpagos, diríase que era un mancebo aturdido volando en pos de una aventura misteriosa, ó mas bien un corsario fugitivo á cuyas aguas iba desencadenada una legi6n de guarda-costas.

Cierta noche en que los insectos de la playa entraban por columnas en el rancho, y taladrando la hamaca en que soñé dormir me atormentaban inhumanamente, me lanzé desesperado fuera de su techo hospitalario, y fuí á sen-



tarme sobre la menuda arena que servia de límite á la tierra. El alto mar del Sur, esmaltado por los amorosos rayos de la luna venia robando desde léjos el hirvientes oías, tal vez desde el Saco de Maracáibo, hasta reventar con estruendo en los cantiles ó desvanecerse, ya sin fuerzas, sobre las mudas playas. El silencio de los sepulcros me rodeaba: apenas se percibian los languidos susurros de la brisa, apenas el rumor producido por ella sobre la verde corona de los mangles. Allí, en aquel lugar solitario, en donde en vano hubiera ensayado que alguna voz humana respondiera á mi voz: en presencia de aquel espectáculo sublime, estors, del mar que inmenso se tendia ciñendo los lejanos horizontes, de la tierra que adormecida envolvía en un silencio inalterable sus palpaciones fuertes y sonoras, y del cielo que conavo parecia una vastísima redom: en que el mismo mar se columpiaba.... allí, pues, anodado mi espíritu culpable volaba sin intermision desde el universo hasta Dios,—desde el amor de las cosas terrenales hasta el sigiloso culto de la austéra religion. Momentos hubo en que la fantasia, mas atrevida siempre que el alma y mas rebelde, tendía las alas á Cuba para sonreir viendo en su seno tal vez entonces dulcemente adormecidos á los objetos que forman el verdadero encanto de mi vida; pero afectada de una manera superior á todo juicio volvía en breve de su escuracion a esprimir sobre mis ojos una lágrima, y á postrarse ante el cuadro soberbio de la Naturaleza. ¡Oh! Cuán be-



llas son las noches en el Nuevo-Mundo, alumbradas por la luna! ¡Con cuánta facilidad se comprende en ellas la grandeza de Dios y la miseria de los hombres! Qué elocuencia respira todo, que autoridad tiene la montaña que humildes se ostentan los desiertos, qué conformes resbalan los rios entre las abras! No hay duda: en América mas que en parte alguna la noche es el elemento de la conciencia. Que rujan las pasiones por el dia, que exaltadas con la poderosa influencia del clima se desborden al fin, y corran, y ensarten la sortija ante la soledad que condena su locura. . . . Y bien?—La noche tiende su manto peregrino, la luna reverbera desde la mitad del firmamento, el Océano rezumba, y el hombre se estremece. El alarido de aquellas pasiones se ahoga en sí mismo: y la conciencia atormentada se abre como una flor. Todo es grande allí; todo sublime, terrífico y soberbio. Solo el hombre aparece tímido y mezquino; mas razon le sobra para ello: Dios, como en todo, reina en esas vastas soledades; y ante Dios no hay frente que no se postre, mirada que no se humille ni labio que no module una mística alabanza. . . .

Media hora habría transcurrido desde que salí de la cabaña para sentarme en la playa á la insegura sombra de un uvero, cuando alcancé á ver el botecillo del tio Bartolo allá á lo léjos, cuya lona triangular presentaba la figura de un ala de cisne. Las olas se separaban centelleando ante la aguda prora, como para escusar estorbos á la embarcacion que se pre-



cipitaba en el abismo; pero á veces la rodeaban de improviso, y tal me figuraba que la habian devorado. Por fin, algunos minutos mas entró triunfante en el caletoncito que le servia de fondeadero, el cual se cortaba precisamente á tres varas del lugar en que me hallaba yo, y el tio Bartolo me saludó de esta manera:

—Buena noche, Don Javier.

—Buena noche tio Bartolo.

Echóse luego al agua, arrastró afuera el bote hasta dejarlo varado sobre la arena, y sacando e popa una canequita de ginebra vino á sentarse al lado mio.

II.

—Parece que los jejenes están sobre las armas,—añadió el anciano mientras exprimía la camisa empapada por los repetidos golpes que le descargara el mar en su escursion.

—En efecto—le repuse,—esta noche ha habido un pronunciamiento de ellos que me ha obligado á evacuar la ciudadela.

—Ola! Pues lo que es á mi, no han de hacerme mucho daño: aquí tienen la accion perdida con la brisa.

—¿Piensa V. pasar la noche al descubierto?

—Pienso tender la frazada en este colchoncillo de arenas y dormir como un patriarca hasta que apunte el dia. ¿Quiere V. que tambien traiga la suya?

—Como guste, tio Bartolo.



Dirigióse al rancho volviendo á poco con las dos frazadas en la mano izquierda y una odorífica antorcha de *guaconejo* en la derecha: dióme una de aquellas, clavó está en la arena junto al tronco del avero é improvisando su cama se sentó. Yo hice lo mismo.

—Ea!—dijo sacando una pipa de barro del sombrero:—ahora estamos en grande. Buena cama, tabaco, un bacho que no lo apagára el huracan, un fresco delicioso, y una ginebra excelente. Nada nos falta para pasar una noche encantadora.

—Es verdad.

—A lo menos ya la quisieran igual muchos renteros. Para V. que tiene lejos su familia no sera ciertamente tan hermosa como para mí que vivo solo desde hace treinta años: Oh! de buena gana cambiaran esos caballeros sus pabellones de seda por la frazada, si pudieran reclinar en ella la frente con la satisfaccion de no haber hecho mal á nadie.

—De modo que, segun V., no hay ventura que no tenga una agonía?

—Distingamos: la ventura material; porque la espiritual, teniendo por base las buenas acciones, no puede rodear el alma si no es de regocijos.

—Pero las altas posiciones. . . . la fortuna. . . .

—Las altas posiciones se ocupan muchas veces inmerecidamente; y ya ve V. que derroçando al que debiera figurar en ellas hay motivo para que la conciencia de tiempo en tiempo lance un grito en medio al esplendor y las ar-



monias con que á medias la sofocan. ¿Cuántos por medio del favor se han sobrepuesto al mérito, á la verdadera espelicion, sacrificando á la vanidad que les hidropica el sentimiento de la justicia y los intereses de su misma patria?

—Si: eso es muy frecuente. Pero los bienes de fortuna olvida á muchos de lá mania de figurar, y entonces V. convendrá conmigo en que el hombre se columpia en el elemento de las abstracciones y puede vivir á cubierto de responsabilidades para con su conciencia.

—No todas vees, D. Jayier: fortunas hay bien habidas que Dios desde su asiento bendice y centuplica; pero hay otras, y son las mas, que tienen por raices la usurpacion: fortunas que si se representan en metálico, cada vez que las monedas se chocan entre sí levantan en su sonido un grito acusador, y si se representan en haciendas cada rastrojo es un fantasma y cada flor es una lágrima.... El hombre que posee esa fortuna ilegítima que ve sin cesar á su víctima y su llanto personificados en lo mismo que halaga su bárbara ambicion, no puede doblar tranquilo la frente en la almohada. Arrastrará suntuosos coches, dará espléndidos banquetes entre perfumes, telas exquisitas y vasos de Sévres: no importa. Ese hombre aspira y el olor de la felicidad, pero no gusta su sabor. A los ojos del mundo, todo es miel en torno suyo: a los ojos de su conciencia en el retiro de la alcoba, entre el lecho mullido y recamado de flotantes blondas, hay algo de terrible para él: hay un desvelo que irrita y un pensamiento que



tortura.—¿Vea V. si mi frazada puede ser preferible á muchísimas fortunas.

—En efecto, tío Bartolo. La situación que V. acaba de pintar es espantosa: solo iguala en magnitud a los nobles sentimientos que V. acaricia en el fondo de su alma.

—Gracias, Don Javier.

—En cuanto á la felicidad, no es el estrépito su órbita: mas á gusto suele cobijarse bajo el solitario rancho del agreste pescador que en los soberbios artesonados. La verdadera felicidad es el resultado de las almas puras, así prende y ilorece su semilla donde quiera que aquellas tienen buen cultivo.

—Así será,—repuso el justo anciano—ó por lo menos así se cree, y V. sabe que la fé es la base en todo.

—Cierto: V. se cree feliz y es lo bastante. “El hombre verdaderamente libre—ha dicho Fenelon—es aquel que en la esclavitud presume serlo.” Del mismo modo V., privado de los encantos exteriores de la vida, sonríe en la soledad de su retiro y nada envidia y por nada se atormenta.

—Por nada, Don Javier!—esclamó con entusiasmo llevando al cielo los ojos y las manos: luego continuó.—Treinta años ha que vivo en ese rancho, recordiendo mi pasado, sin que en todos ellos haya tenido que avergonzarme de una mala acción que declinara en daño de otro, ó bien de un extravío que únicamente me hiciera responsable de mí mismo.

—Pero estas soledades no le aburren, tío



Bartolo? No ha llegado alguna vez á fastidiarse de ver todos los dias ese horizonte, de visitar los mismos lugares, de emplear el tiempo en las mismas ocupaciones?

—No señor. No me fastidia el horizonte que, al lanzar cada mañana al sol como un anillo de fuego se engalana de celages azules y doradas nubecillas; porque sus caprichosos grupos son la delicia de mis ojos, que los observan y los siguen hasta que líquidos se evaporan por el ancho firmamento. Tampoco me fastidian estos lugares donde nadie me importuna, donde tengo mi choza para dormir sin sobresaltos, ni otros el ejercicio á que tengo librada mi existencia. Cierto que la vida del pescador tiene algo de salvaje. Desterrado por su voluntad, por las vicisitudes, ó por las barbaridades de los hombres, que á veces son peores que aquellas, porque no solo afligen sino que tambien insultan. . . . desterrado, digo, en estas costas solitarias, ni oye misa los domingos, ni come carne fresca, si no es la que se procura ahí debajo de la mar con la tarraya, la naza ó el anuelo. Aquí la vida se desliza en una especie de encanto ó sonambulismo venturoso á favor del cual solo es posible percibir y adorar á Dios en la naturaleza, en el poema de la creacion: lo demas ni se siente ni se desea. Bien puede el viejo mundo desquiciarse en el orden político ó moral, bien puede sumergirse un continente trastornando los derroteros con peligrosos canalizos: el barco portador de una ú otra nueva pasa por ahí, á menos tal vez de un



cable de distancia, sin que el pescador pretenda averiguar la órden por que se pasea misteriosamente en estos mares. Conquistas, descubrimientos, adelantos en las artes y las ciencias;—todo se opera en silencio para el habitante de las playas, no pareciendo sino que su existencia en ellas es el símbolo de una expiación secreta y terrible de la que solo la muerte pudiera redimirle. Pero en cambio de este divorcio con la sociedad, de que parece ser un miembro mal querido, el pescador tiene compensaciones de alta estima que únicamente su alma comprende y aprovecha. Además, Don Lavier: nosotros no tenemos quien nos espie a todas horas envuelto en el raído dominó de la amistad y con la sonrisa de la perfidia sobre el lábio, que á la vez modula palabras deliciosas; no conocemos el lujo, origen de la torpeza y de la ruina total de mas de una pujante dinastía: no nos prostituimos con tal de arrastrar una carroza ó hacer un papeloncillo de tercer orden, que dura mientras el fruto de la prostitucion a que se debe no es acedo para el mismo que la explota. Cuando departimos con otro hombre de mar, sea paisano ó sea nacido en Groenlandia, no le sondeamos mañosamente para ir luego á desollarlo en el rancho del comun vecino; y si sabemos que Dios le guió en sus exploraciones á punto de permitirle descubrir un buen *pesquero*, ni se lo disputamos roncando de egoismo, ni siquiera echamos en él nuestras potalas.

Aquí todos somos iguales, rayamos á una



altura: nadie presume de saber mas que los otros, nadie hace alarde de riquezas;—nadie, en fin, tiene clavado à la puerta de su rancho un lienzo antiguo con castillos y ises y leones. La igualdad es nuestra divisa: nuestra legislacion el comunismo. ¿Se necesita de un cabo para reparar la jarcia, ó de media vara de lona para remendar la vela? Ahí está el vecino que jamas la niega, y que si se ausenta deja el rancho abierto para que tomen de él sus camaradas cuanto se les venga à mientes. Que no hablamos idiomas exóticos, ni cantamos junto al piano, ni vestimos de esquisitas sedas.... ¿bien? Nuestro language es el de la verdad, nuestros cantos himnos puros al Altísimo; y tal como V. me vé, rústico y grosero, con estas popas de lona que una filástica embreada sujeta à mi cintura así somos todos felices, mas felices que la mayoría de los hombres; pues podemos ofrecer de lleno nuestras frentes à la luz del sol y de la luna con el único orgullo grato à la Divinidad: el de tener una conciencia pura como la conciencia misma de sus ángeles.

Dicho esto con el énfasis de la seguridad mas absoluta, el tio Bartolo se dirigió al bote, y trayendo una canastita que tenia debajo de la popa volvió à ocupar el sitio que habia abandonado.

—Ya me olvidaba con la conversacion de que tambien podemos cenar, así dijo mientras se acomodaba de nuevo.

—Veamos qué trae V. tio Bartolo, le observé.

—Estos cocos que me, regaló Papito en Ba-



yajive, estas galletas que llevé á viaje por si picaba la brisa, y estos ostiones, que coji alla junto al Caucedo recordzado que à V. le gustan mucho.

—Gracias, amigo mio.

—En cuanto à mañana, tendremos que comer salado: ahí hay en el rancho pàmpanos y macarelas: buscaremos plátanos por los conucos que están á la vera dei *Soco* y nos arreglaremos como Dios lo quiera. Esta noche al rayar la luna levanté las nazas y no hallé en ellas ni un siquiera una sardina. En pasando la corri-del carey voy á fijar mi pesquero en vuelta Cabo.

—Tan lejos, tio Bartolo?

—Tan lejos, si señor. Ya en estos placeritos de por aquí no se coje ni un cardúmen por semana.

—Pero, ¿no tiene V. ahí al frente la Zaona?

—La Zaona! repitió melancólico el anciano mientras me presentaba hasta una docena de ostiones abiertos con la punta del cuchillo.

—Sin duda. Su proximidad es tal que hasta con la luna se divisa.

—Toma! pues si está á un *currican* de nosotros.!

—Aquello oscuro que se destaca al Sueste...

—Ya la veg.

—Como una roca.

—Válgame la Virgen! ¿Pues necesito yo que V. me dé el rumbo de la Zaona.?

—Y bien?

—El caso es que estando ahí, á media legua



de la punta de Palmilla y á poco mas del Guaraguo, y no habiendo que atravesar mas que un canalizo para llegar á ella, ni hecho cuartos amarro mi bosa en el caleton de la Zaona.

—Eso es diferente. Pero no creo que en la travesía reinen malos vientos.

—Aunque pudiera ir por mis propios pies, repito que no iría.

—Y se puede saber, tío Bartolo, la causa de esa repugnancia?

—No es un misterio para que lo oculte à V. o una historia que se columpia en el pasado; pero horrible, toda salpicada de sangre....

—Tío Bartolo!....

—No tiene que ver con mi familia ni con la de ningun amigo: puede V. tranquilizarse, y acordar que ahora poco hice alarde de la pureza de mi conciencia....

—Es verdad.

—Esa historia me la contó mi abuelo cuando yo estaba en mis mocedades, y yo voy á contársela à V. tan luego como hayamos dado fin á los ostiones, tomado un buen *coup* (1) y prendido la cachimba.

Esto diciendo estrajo de su concha hasta el último marisco que con un buen bocado de galleta hizo en breve descender à las tinieblas de su estómago: luego sepultó su mano en una gran

(1) El inmediato contacto en que por largos años han estado con los franceses los habitantes de Santo Domingo hace que usa de frases de aquel idioma como propias, sobre todo en la conversacion familiar, sin reserva de condicion ni gerarquias.



vejiga curtida estrajo de ella un pedazo de anduyo (1) y continué:

—Ahora voy à llenar para V.— y picando un poco de tabaco sobre una de esas piedras chatas y pulimentadas que producen en abundancia nuestras costas, le introdujo en la cachimba, que me presentó con su genial dulzura.

—Gracias, tio Bartolo,—observé devolviéndoselo prefiero siempre mis habanos;—y efectivamente estraje del bolsillo un *veguero* que encendí en el hacho.

—Ah pues: y yo mientras haya *calimetas* de uco de berraco y barro para hacer una *camba* y un anduyo que picar, jamas pondré un túbano [2] en mi boca.

Dicho esto bebió un trago de ginebra y dió un golpe à su cachimbo, quedando largo tiempo silencioso, mientras arrojaba al aire sendas bocanadas de humo. La noche continuaba espléndida: casi colocada en el cenit la luna vertía su divina lumbre sobre el turbulento mar de las Antillas, el cual la quebraba en sus columpios eternos produciendo infinitos rarísimos cambiantes; y la Isla, en fuerza de esta hermosa noche parecia balanzarse fantásticamente hacia la America del Sur con sus Cabos Caucedo y

(1) Tabaco sumamente fuerte que se prensa y conserva entre yagias: la figura del *anduyo* viene à ser como la del *salchichon*; pero con un diametro de hasta diez pulgadas y con vara y media de largo, habiendolos de una cantidad tan buena como la que distingue en general al tabaco de la Vuelta Abajo, en esta isla de Cuba.

(2) Un Tabaco.



S. Rafael, como si quisiera darle un abrazo fraternal. De vez en cuando se escuchaba el grito horrísono que levantaban las olas, reventando á lo lejos contra las ásperas murallas de la costa, y cubriendo la superficie con un manto albisimo de espumas; grito á que respondian con su ronco graznido los pájaros acuáticos al trazar diversos zic-zacs sobre la ondulosa mole y el aura con sus murmullos al agitar en remolino las verdísimas coronas de los mangles y los *carbajos*. A la espalda se levantaban cien montañas, calladas, inmóviles, confusas, de cuyo seno se desprendian los silvidos de millares insectos formando un rumor en extremo melancólico. . . . ;Noche encantadora! Alguna nube blanca y solitaria solia empañar la luna de improviso: el firmamento como la existencia humana, tiene sus instantes de amargura: una sombra es para él, lo que para nosotros un recuerdo doloroso: brota, nos rodea el corazón, nos arranca una lágrima preciosa y se aleja satisfecho de habernos apartado, tal vez en los días dulces transportes, en las más suaves alegrías al mundo de placer y olvido en que discurrimos encantados. . . . ;Así la nube! Durante su interposicion una sombra inmensa corria como un dragon fúnebre de Este á Oeste por todo el largo de la costa; pero á medida que se alejaba volvía la noche á derramar su claridad reverberante, y la naturaleza sonreía. Era, pues, una transicion momentánea, operada sin duda para darnos una idea aproximada de los encantos magníficos de la gloria junto á las hór-



ridas tinieblas de la condenacion.

El tio Bartolo, que como dejo dicho se habia abandonado á los recuerdos levantó de nuevo su frente serena y magestuosa cual Abraham la suya en el monte elegido para el sacrificio de su hijo, y sacudiendo la pipa cuyo tabaco estaba ya trocado en cenizas.

—Ahora—dijo—présteme toda su atencion, sin interrumpirme; porque voy á esplicarle los motivos que me asisten para no grabar mi huella en el ancho arenal de la Zaona.

II.

Nuestra isla de Sto. Domingo estaba por los años de 1656. rodeada de esos piratas espantosos que V. habrá oido mentar ó conocido en la historia con los significativos nombres de Filibustiers y Boucaniers; siendo tal el número de ellos que los mares del Norte y Sur se veian constantemente coronados de sus finisimos aleros bajeles. Todas estas posesiones que forman al rededor como una especie de cadena, esto es, la Beata, la Tortuga, la Catalina, la Saona, el Pañuelo cuadrado, la Inagua & & servian de guaridas á esas hordas de chacales, sin que nadie se atreviera á hostilizarlos, en el temor justificado de una derrota inevitable. Ocultos, pues, en los defendidos caletones de aquellas islas, no dejando ver un rancho sobre las crestas de las rocas, ni á lo menos el humo de sus hogueras subiendo en espiral hasta las nubes llegaba, á presumirse nuestros na-



vieros que estos piratas operaban sus terribles escursiones à caza de presas en otras apartadas latitudes; pero la verdad era que desde allí se mantenian en un constante espionage, reduciendo à estado de sitio nuestras costas desde el cabo Espada al Este, al del Mulo a' Oeste. Así, desde el momento en que salia de estos puertos una carabela cargada de riquezas, porque era esa la época en que se beneficiaban las minas de oro, de Sta. Rosa y Buenaventura; brotaban de sus escondrijos las artilladas chalupas estrechábanla en un estrecho círculo, cribábánla à balazos, y por último ponian ejecución el bárbaro abordaje en que el saqueo; la matanza y el barreno eran la verdadera consagración de aquella horrible lucha.

En medio de esos hombres sin humanidad y sin conciencia que tenian convertido el mar en un cadalso, habia uno llamado Morgan y gefe de los otros, el cual jamas aceptaba la parte que le correspondia del botin, repartiéndola proporcionalmente entre sus mismos familiares. No se concibe à primera vista semejante abnegación de parte de un hombre que aurora por aurora comprometia su existencia en el deseo de adquirir tesoros; pero se explica por el camino de una pasion sublime cuando se contiene en sus límites, bárbara cuando raya en los del vicio. Morgan, aunque inglés, era estremadamente enamorado en un principio; mas séase por obra de algun desengaño terrible, séase porque à fuerza de apurar la copa hasta las heces tuviese ya podrida el alma y encallecido el



corazon, es lo cierto que en la época de esta historia el amor se le presentaba sin pureza, habiendo degenerado para él á tanto extremo que solo le procuraba como un derrotero ó conductor de sus lúbricos desbordes. Al apresar un buque los filibustiers pasaban á cuchillo á sus tripulantes y pasajeros como medida de seguridad, lanzándose en seguida sobre las maletas ó las arcas, que escarbaban con sus manos tintas todavía en la sangre de las víctimas, para estraer de ellas y comparirse las alhajas ó monedas que pudieran contener. Morían, por el contrario, corria á apoderarse exclusivamente de las desmayadas jóvenes, porque era lo único que se reservaba del botin. Y no era esto todo: á veces sucedia que los meses se deslizaban los unos tras los otros sin ofrecer un solo galeon en la anchura de los mares. — Entonces, audaz como ninguno saltaba á nuestras costas y penetraba en las vecinas poblaciones con el fin de satisfacer las exigencias de su brutal sensualidad á viva fuerza, sin miramiento á estado ó condicion; y ya tornaba solo, ya arrebatando alguna al lugar doméstico para conducirla á cualquiera de estas islas desiertas, donde á poco fastidiado, la abandonaba en brazos de sus groseros militantes. Unas al fin morian mas tardè de dolor, otras menos felices eran lanzadas á las costas cubierta de infamia y de amargura; porque no obstante ser indias casi todas, no por eso conocian menos que el alto precio de la virtud la vergüenza de una vida moralmente maltratada.



Por lo dicho se comprende que Morgan era el azote de esta preciosa mitad de nuestra especie: desde el momento en que se divisaba una vela en los bordes de la isla ó bien en los apartados horizontes se voivia á sus dignos alcóltos y exclamaba con el despotismo de su autoridad:

—Compañeros! No hay que olvidar el pacto: el botín para vosotros, las mugeres para mí, los hombres para la bala y el barco para el Océano.

Y en efecto; así era como se distribuía la pre-entre aquellos foragudos, sordos siempre á ruegos de los unos y á las lágrimas de las otras, las cuales pronto adivinaban todo el horror de la suerte que con la vida les estaba reservada.

Antes de engolfarnos en los pormenores de esta historia bueno será saber que Morgan tenía una hija de hasta veinte y seis años ahí en Siona, fruto del primer estrabio de su juventud, cuando ni aun soñaba en ser pícala. Esta hija, pues, recogida por él en el lecho mismo de la madre adúltera, y educada en la escuela de la corrupción, era hermosísima; pero al mismo tiempo indiferente á todas las propiedades suaves y encantadoras de su sexo. Así es que en su corazón no había sensibilidad, ni había esperanza: ignoraba lo que era el porvenir, y desde la pubertad se lanzó en la misma senda que le había trazado el padre, á quien por otra parte jamás había merecido una caricia. Sin embargo hacia que la obedeciesen ya que



ella no habia sabido hacerse respetar, y Lida, — que tai era su nombre, — dominaba con la palabra aquellas hombres de hierro, ante quienes de otro modo se habia tantas veces humillado. . . .

¡Miserable flor sin aroma en la mañana de la vida!
¡Cuán diverso hubiera sido tu hado, cuán bonancible tu suerte si en vez de suspenderte en medio á tanto lodo y tanto cardo hubieses por el contrario ofrecido tu pudica corona en el jardin de la virtud. . . .! Pero dejemos á Lida por ahora: pronto volverá á la escena desempeñando un papel importantísimo.

Sucedió que cierta noche tempestuosa navegaba por aquí al frente, á todo trapo, un gallardo bergantin en rumbo de la isla de Puerto-Rico, otro tiempo *Boriquen*. La prudencia exigia que lejos de desplegar completamente el velamen se hubiesen por el contrario cojido las *drizas* en su mayor parte, á fin de precaver una desarboladura, visto el recio S. O. que soplabá; mas el capitán, que lo era un esportísimo holandés, queria salir cuanto antes del litoral, primero que rayase el dia; y al efecto echaba fuerza de vela, favorecido de las sombras, que eran muy espesas, no obstante las observaciones de los medrosos pasajeros. El barco, sometido de esta suerte á la violenta acción del viento, corria sobre las agitadas olas con la rapidez de una golondrina, lanzando silbidos de sus abatagadas velas, que semejaban á los de una sierpe en los momentos de lanzarse sobre su víctima.

Ademas del oro y las caobas, y los zurrones de añil y té que constituian el cargamento, lle-



vaba á bordo el bergantín circo pasajeros. El primero lo era un anciano de alta estatura y noble continente en cuya capaca se adivinaba a un veterano distinguido de Felipe V. Aunque la edad que representaba era suficiente á justificar las arrugas ó sulcos profundísimos que ostentaba su rostro en diversas direcciones, se comprendía sin embargo que estos eran debidos en gran parte á las amarguras con que las vicisitudes acostumbran á rodear las existencias; pues en el fuego de su mirada habia algo del genueto de esa edad briosa que media entre la mañana y el ocaso, fuego que brillaba en las pupilas, pero que se comunicaba á su palata y reverberaba en su espaciosa y limpia frente como un aparejo dado al exterior artísticamente por el alma, para resistir la palidez con que se anuncia el desaliento.

A su lado se veía a un fraile dominico, también de avanzada edad, que con el rosario en la mano no cesaba de pedir secretamente al Altísimo los librara á todos de la ferocidad de Morgan, mas temible para su espíritu que los pavorosos abismos por cuya superficie iban resbalando el bajel rápidamente. Su rostro estaba casi oculto en la capucha; pero á favor de la lamparilla sorda de que se servían los tripulantes, se alcanzaban sus ojos radiantes de severidad y de confianza.

Casi oculta entre uno y otro de los anteriores personajes se veía una bellissima doncella de hasta veinte y dos años, blanca como la vela de mi bote, de grandes ojos azules, tez pu-



lida y labios encarnados, á par de nuestro silvestre *caimoni*. (1) Mi abuelo que es à quien oí la historia que voy contando à V., aseguraba no haber visto jamás ni en el mundo real ni en el mundo de la fabula una moza tan perfectamente hermosa y tan gallarda; y se recreaba en pintarme sus modeladas proporciones, sus manitas de infante, su boca encantadora en que el amor se recataba, su garganta alabastrina, su acolchado seno y su cintura que media el diámetro de un plato. Era una de esas rarísimas criaturas que con su existencia parecen solo destinadas à justificar el gran poder de Dios, presentándose de tiempo en tiempo en el seno de este mundo corrompido como el lucero de la verdad y de la paz en medio à las tinieblas del diluvio.

El último de los pasajeros, era un robusto joven que frisaba en los veinte y seis años, y cuya tez, bastante morena, anunciaba à un individuo de la raza que todavía poblaba estas islas, pronunciándose su dicha procedencia de una manera notable en lo gallardo y modelado de las formas. Su fisonomía era suave y apacible, bañada por ese tinte melancólico y esa dulzura indefinible que caracteriza al salvaje

(1) Fruto de un rojo muy subido, peculiar de aquella isla. Se produce en copositos racimos, siendo su tamaño el de una grosa muñición. Los conquistadores la llamaron *coralillo vegetal* antes de oír su nombre propio à los indígenas; y la estrizaban mucho, así por la dulzura de su crema, como por su esquisita fragancia. El árbol del *caimoni* es de poca elevación, pero verdaderamente silvestre.



de las regiones intertropicales, à través de la cual irradia el sentimentalismo verdadero; pero su mirada la contrastaba poderosamente, porque era viva como la luz del rayo y era activa, y como tal, símbolo de una alma indomable, que orgullosa de sí misma jamás está dispuesta à transijir con las grandes alternativas de la vida.

Estos cuatro personajes se llamaban:—Don Ricardo Fonterrera, antiguo ingeniero y Director de minas de esta isla; pero destinado entonces à las obras de fortificación que la de Puerto Rico demandaba. Isabela, de cuya hermosura solo dejo hecha una ligerísima reseña, era su hija y el encanto de sus tasados días, sobre todo desde que la fiebre amarilla le habia arrebatado en la capital à su fiel esposa. El mancebo un joven indio, hecho prisionero en las terribles últimas luchas de la conquista, y à quien mas por afecto que por el lujo bárbaro de entonces llevaba consigo Don Ricardo; aunque à decir verdad ni de una manera ni de otra le llevara si él hubiera querido sacudir la servidumbre, si bien soportable en que vivia. Ya se verá mas adelante porque se avino tanto à ella, sin embargo de haber nacido y criádose no menos indomable é independiente que los venados en el interior sombrío de nuestros bosques. El otro personaje era, como he dicho, un fraile dominico que pasaba por la fuerza al convento de su Orden en Puerto Rico; medio empleado por el Comendador, para poner un término radical à las diferencias



borrascosas que continuamente mantenía fuera de toda razón con su prelado.

El barco, pues, navegaba con rapidez entre las tinieblas y las olas, atravesando como de huida el canal que forman aquí al E. la Punta de Palmillas y allá la Gorda al N. de la Zona. El cielo renegrido parecía tocar con sus nubes á la parte superior de la arboladura: el viento rugía y el mar se estrellaba frenético contra los costados del buque produciendo en todo él una sensible vibración. No se escuchaba como en otras ocasiones la canción del marinero, lanzada al aire desde un *tangon* de proa ó desde la *cofa* en los momentos de operar la maniobra, porque eso habría sido delatarse á las chalupas, cuya metralla no tardaría en responder salvando la distancia; y aun las pláticas precisas á comunicar órdenes ó á entretener la inquietud que á todos agitaba desde tres días antes, se ensayaban siempre á media voz. ¡Tal era el espanto que rodeaba aquellos corazones, al discurrir sobre los mares á que Morgan había dado ya una triste nombradía!

III.

Don Ricardo se incorporó un poco, tendió en derredor una mirada de ansiedad y suspiró diciendo:

— ¡Qué noche tan negra!

— Muy negra, le respondió el religioso: pero mas negra es la Eternidad y á ella avanzamos sin descanso.



El anciano contempló el volumen de su amada hija, pues las tinieblas no le permitían ver sus lindísimas facciones, y otro suspiro voló goteando amargura en el espacio.

— Parece que sufris.? le observó el espresado sacerdote.

— Un poco, padre mio.

— Y vuestro sufrimiento viene del espanto que os infunde Morgan. . . .

— Lo habeis adivinado. . . .

— No me puedo explicar ese amor ciego à la vida cuando la cubren ya los hielos. Sed mas sato, Don Ricardo.

— Sin que imaginéis en mí la intencion de altaros al respeto, os responderé con vuestras mismas palabras que tampoco puedo explicar ese amor en vos, à quien nada liga con la terra.

— La vida es en mí una necesidad bajo el punto de vista en que el sacerdocio me coloca.

— Otro sacerdocio me impone el deber de amar la mia, que si vos sois padre espiritual yo soy natural, y la voz de la sangre grita tan alto en el fondo de mi alma, como en vuestra conciencia puede gritar la del deber. Ni vos ni yo podemos esperar cosa alguna de este mundo casi debemos ansiar la muerte como principio del descanso eterno à que aspiramos todos en esa edad de hielo que decís. . . . pero no somos nosotros dos los únicos que aqui nos encontramos.

— Y bien.?

— Temo à Morgan, y à la noche tempestuo-



sa, y me estremezco hasta con la ola que se desenvuelve lejos de la nave; porque en todo veo un peligro de muerte para mi Isabela y ese generoso jóven que me sigue. Ambos comienzan a vivir: ya veis que

—Tranquilizaos D. Ricardo, repuso el fraile con acento enfático: mas alía de estas sombras y estos mares, de ese viento que ruga y esas nubes que se agrupan, hay una vida sin dolores para las almas que no han perdido su pureza. La de vuestra inocente Isabela entrará sin torbos por las puertas de esa vida, que es eterna: la de vuestro siervo esperará.

La jóven estrechó convulsivamente la mano de su anciano padre, al mismo tiempo que se oyó un gemido sordo algo separado de la popa, que era el lugar en que se hablaban los tres actores de esta escena. De súbito un relámpago pañó en luz toda la cubierta; y el fraile vió al jóven indio de pié, con los brazos cruzados sobre el pecho y la amargura en la frente, mientras miraba á la parte en que se escondía la doncella, con los ojos arrasados en lágrimas. Hubiérase dicho por otros que no le conocieran que Tuizlo, (este era su nombre) estaba encargado de representar elocuentemente la estatua del dolor. Su gemido, que al vibrar voló en alas del recio viento que sopiaba resonó en el alma sensible de Isabela y avisó á la vez la malicia del osado religioso, él cual dirijiendose á Don Ricardo continuó de esta manera:

—Lo que os debiera afligir en alto grado es que esas almas se estraviasen en el sendero de



la vida á efecto de una dolorosa abnegacion ó de una audacia imperdonable. . . . Entonces si tendríais fundamento á desolaros; porque no habria seguridad de que esas almas entrasen triunfantes por las puertas de la gloria, cuya conquista debe ocuparlas sin descanso. . . .

—Señor! repuso el anciano con orgullo, nadie se atreve á responder del porvenir; pero de momento mi hija es tan digna de pasearse en el centro de esa gloria como los mismos ángeles: puedo asegurar que si muriera ahora, su espíritu se suspendería magestuosamente hasta Dios á través de las tinieblas que cubren todo firmamento.

—Sin duda, D. Ricardo; pero ese porvenir, se mundo de dudas y desastres morales en que la humanidad se agita á todas horas. . . . esas visiones que silban á su rededor y la precipitan tal vez sin premeditacion en un abismo de torpezas; no están muy lejos de su virtud y meditan empañarla. . . .

—No os comprendo, señor. . . . añadió conuso D. Ricardo,

—El amor puede verter mañana en su corazon una gota de veneno. . . .

Tuizlo que habia adivinado á donde se dirijan las tremendas frases del sacerdote se adelantó hácia él y le dijo:

—Perdonad, Padre mio, que os pregunte si el amor cierra á los mortales las puertas de esa gloria eterna de que habláis.

El fraile lanzó un rugido sordo, sus ojos chispearon siniestramente debajo de la capucha, y



repuso con una voz que la ira entrecortaba:

—Las cierra para las almas que lo profanan por el camino de la seducción ó de la violencia. . . .

—¿Y cual es la que lo procura empleando tales medios?

—La del siervo, por ejemplo, cuando sin tener cuenta en su condicion se atreve á requebrar de amores à la de una jóven distinguida.

—No hay siervo, padre mio, que se atreva à tanto: las malas pasiones como el odio, la venganza y la ambicion en sus diversas aplicaciones son las que hacen à los hombres olvidarse de sí mismo conduciéndolos mas allá del estralio; pero nunca el amor verdadero, que respetuoso y delicado ó corona sus votos sin borrascosos arrebatos, ó muere con el alma que le sustenta en brazos del mudo sentimiento. Un siervo puede sentir en medio à las amarguras de su estado: tal vez puede sentir con mucha mas hidalguía que aquellos bajo cuya férula vegeta. Sin embargo, no por esto se precipita en el Océano del olvido, pues antes que al sentimiento escucha atentamente à su deber, mientras otros faltan à los suyos. Yo soy, padre mio, mas justo que vos.

—En efecto: queréis haceros singular en vuestro círculo. . . .

—En mi círculo! repitió el mancebo con indignacion y amargura.

—Queréis justificar el amor que desde el polvo de la servidumbre se levanta atrevidamente hasta el trono de la soberanía. Eso



es natural en vos; pero ridículo.

—Señor! exclamó Tuizlo rechinando los dientes como un oso: *haisais* con un hombre que libre tanto ó mas que vos, es á la vez doblemente generoso; puesto que antes compadece y defiende la desgracia que la insulta abusando de sus ventajas. Si las apariencias son las que os autorizan para desfogar contra los siervos en general, podéis moderaros siquiera por miramientos á vuestra dignidad. Siervo soy; pero siervo voluntario.

—Voluntario.....!

—Preguntad á Don Ricardo, y dad á vuestras iras un rumbo mas noble, ó sofocadlas; que un sacerdote debe de ser un modelo de moderacion y mansedumbre.

El fraile reventó entre sus manos el cordoncillo del rosario no pudiendo dar otra satisfaccion á su soberbia derrotada, y las menudas cuentas rodaron dispersas por toda la cubierta; mientras D. Ricardo sin comprender todavía el fondo de aquellas turbulentas esplicaciones, sin duda preocupado por los peligros que le rodeaban, tomó la palabra para decirle.

—En efecto Padre mio. Tuizlo cayó prisionero hace ocho años, en las llanuras de Babaro, en una refriega que tuvimos con las haestes de *Cajacó*, el reyezuelo de Samaná. Aterradas con nuestras armas de fuego, nuestros caballos y armaduras huyeron precipitadamente, no obstante su crecido número lanzando con las armas lastimosos alaridos: solo Tuizlo quedó en el campo, de pié y con la risa del



dolor sobre los labios, risa que explicaba toda la compasion que le inspiraban sus débiles vasallos. Entonces yo mismo le intimé que se rindiera y me entregó sin resistencia el arco y el carcax. Como en esos dias se enviaban à los trabajos de minas todos los indios prisioneros, y me habia interesado no menos que su valor su gallarda juventud, lo puse bajo de mi salvaguardia para sustraerlo à una muerte inevitable. Cayacó supo que vivia, que estaba à mi lado y remitió palanquines cargados de oro, finas piedras y preciosas plumas en cambio del prisionero cuya suerte horaba sin consuelo lo mismo que el inmenso casicato; pero Tuizlo contestó que no queria avergonzar con su presencia à los cobardes que le volvieron la espalda en el peligro, y aunque todos los años han repetido las mismas ofertas y los mismos ruegos hasta por conducto de hermosisimas doncellas, el dia aniversario de su prision, el jôven se ha mantenido inexorable.

— Pero de todos modos, repuso el dominico, mal reprimiendo su despecho, venimos à parar en que voluntario ó no, Tuizlo es vuestro siervo, puesto que le hicisteis prisionero.

Su prision fué obra de su voluntad: nada le estorbaba haber huido à la par de los demas el dia del combate.

— No importa . . . os sirve.

— De compañero y amigo. Educado al mismo tiempo y al igual de mi Isabela, — Tuizlo, señor, ha sabido corresponder à mi cariño.

— Se comprende! murmuró aquel fulminan-



do una mirada terrible sobre la figura del mancebo, que lleno de dolor se habia retirado con sus últimas palabras y echado de bruces en la borda del bajel.

—Su valor—siguió diciendo Don Ricardo sin oírle,—libró mi vida del coraje de los indios que, mientras me ocupaba en levantar el plano de la ciudad de la Vega Real cayeron sobre mí resueltos á sellar con sangre sus rencores; pues por toda la isla me detestaban aquellos en su amor de idólatras á Tuizlo, y en la falsa creencia de que yo le secuestraba su edrío. Pero él se presentó cuando ya apuntaban hasta cincuenta flechas á mi pecho, les cortó en su lengua, y mis enemigos se dispersaron por los bosques. A Tuizlo, pues, debo la vida; y si como quiso acompañarme en este viaje, hubiera preferido volver á Samaná, crea V. que me hubiera dado un gran pesar.

Mientras Don Ricardo explicaba de esta manera al irritado fraile la condicion con que Tuizlo le seguia, Isabela, cuya actitud era efecto del mareo, habia doblado la frente como las flores de la tarde al tender la noche sus primeras sombras, quedando al punto sumergida en un sueño profundísimo. Menos dichoso el mancebo lloraba desde su apartamiento, intimamente convencido de que no solo habia adivinado el tremendo fraile su amor hácia Isabela, sino que llevaba su osadía hasta amarla olvidado del mundo y de sí mismo.

—La ama!—decia con amargura al propio tiempo que volvía los ojos sobre el grupo en



que ella se ocultaba:—¡la ama, los celos lo devoran, y....lo pierden....! ¡Sí! Lo pierden; porque á la primera indiscrecion que ponga en juego le ahogo sin piedad entre mis brazos....! ¡Oh! ¡con cuánta astucia ha querido rasgar el velo á Don Ricardo! ¡Con cuánta insolencia me ha dicho que los siervos no deben levantar sus ojos del polvo de la servidumbre para detenerlos sobre el trono de la soberanía que obedecen....! ¿Siervo yo....? Y de quién....? ¿En qué lugar de mi cuerpo chirreó jamas el hierro escandecido, ni á cual autoridad rendí homenaje por la fuerza? Pero Don Ricardo saque soy tan libre como él y como el viene.... sabe que hasta hoy vivo á su lado por mi voluntad, que ningun voto me obliga á seguirle sino la gratitud á su cariño....y sin embargo, Don Ricardo lejos de justificarme á los temerarios juicios de ese fraile, ha permitido que se me insulte.... Una sospecha horrible me asalta en este instante... ¡Oh! Si el llevarme á Boriquen fuese para venderme como á un esclavo en el mercado... imposible! Imposible... !El padre de Isabela me ha hablado muchas veces de la hidalguía castellana y no querrá mancillarla ahora torpemente atropellando al que, si nació salvaje, sabe sin embargo apreciarla tanto como él. Además, me debe la vida; y esta deuda no se paga con ingratitudes y traiciones.

Tuizlo calló: su alma, envuelta en la tupida red de los recelos, no podia seguir analizando su situacion sin caer postrada ante el fantasma de la desgarradora incertidumbre....!



La nave seguía silenciosa resbalando sobre el mar, y la tripulación rendida por las fatigas de la maniobra dormía diseminada en toda la cubierta. Solo el piloto rigiendo en popa la caña del timon y Tuizlo siempre dado á sus hondas inquietudes eran los únicos espectadores del cuadro que ofrecia la naturaleza aquella noche, cubierta de tinieblas y rugidos; pues como Isabela, Don Ricardo y el fraile, se habian entregado simultáneamente á un sueño profundísimo.

Los relámpagos se sucedian los unos á los otros iluminando el mundo desde la altura, y descubriendo en medio de la inmensidad al berantín que, como una vision, seguia á lo largo del canal y muy próximo á la costa. El piloto silbaba por lo bajo una cancion patriótica: Tuizlo, con la cabeza sepulta desde la frente arriba entre su mano derecha, recorria silencioso todo el campo del pasado, buscando algun motivo para justificar las desgarradoras sospechas que contra Don Ricardo le habia forzado á concebir el lenguaje del dominico. Nada sin embargo concurría á su propósito: Don Ricardo le habia educado esmeradamente á par de Isabela y como á ella le consagraba un cariño entrañable; y si las falsas creencias de Tuizlo en materia de religion habian sido parte á que con éste sostuviese mas de una tesis encendida, jamas llevó su fé al punto de siquiera exasperarle, esperando que el tiempo y los buenos consejos le trajesen á una saludable conversion.

Pero si estas verdades caian como un bálsa-



mo sobre el fogoso corazón del jóven indio; si á la luz de ellas se desvanecian las negras sombras que rodeaban el cuadro de su suerte venidera recogiendo del pasado más de una prenda de seguridad en el buen afecto de Don Ricardo; ¡ay! su alma suspiraba de dolor apretada por el tormento de una pasión frenética si bien incógnita. Si, incógnita; porque amando á Isabela con ese amor gigante que se engendra y desarrolla arbitrariamente en los primeros años de la vida; con ese amor único indomable,—amor de borrascas que desde el pedestal del espiritualismo parece desafiar las decepciones humanas,—no habia tenido él bastante denuedo á escubrírsele. Y contenido de este modo por los diques del respeto no menos que por la idea de que su condicion primitiva de salvaje le valiese algun reproche en los dulcísimos labios de Isabela, el arrebatado Taizlo sentia rugir un volcan dentro su pecho, volcan cuyas irrupciones, sucediéndose sin treguas le tenian igualmente incendiada la cabeza.....

Un rumor acompasado y no muy lejos de la nave estalló de momento en sus oídos. . . Taizlo levantó la hermosa frente con una inquietud indefinible y llamó al piloto á media voz para no alarmar á los demas; pero el piloto no respondió porque á semejanza de aquellos se habia dormido un minuto antes amarrando la caña del timon. El ruido continuaba, y cada vez que se levantaba de las olas anunciaba avanzar cuatro brazas, segun la intensidad de que parecia revestirse.



IV.

Tuizlo replegó los párpados para centralizar y hacer mas viva la lumbre de sus ojos: miró al mar . . . y se estremeció: habia sorprendido sobre las montañas de agua que hervian al redor un bulto informe, pero horrible, una especie de carro que volaba por la voraginosasuperficie, con la rapidez de la golendrina, resuelto á chocar contra el costado del bergantín. Su primer pensamiento fué el de avisar à sus compañeros de viaje y al capitán, y al piloto; pero mal seguro de sus tristes presunciones y temiendo que pudiesen valerle algunos epigramas si resultaban quimeras de su fantasia estimulada con lo horrendo de la noche, determino callar por el momento.

Peró un relámpago brilló tñiendo al mar de lumbre amarillenta . . . ;Dios mio! esclamo Tuizlo, con el acento de un profundísimo dolor, sepultando el rostro frio y sudoroso entre sus manos. Aquella invocación lanzada al aire con el acento de la mas íntima amargura, resonó en los oídos del piloto.

—Quien llama á Dios? preguntó con enfado y frotándose los ojos.

—Silencio! le repuso Tuizlo con autoridad: antes que dormir debiais haber estado sobre aviso para no veros y vernos todos, cual nos vemos ahora, en los brazos de la muerte. Yo soy el que ha llamado á Dios para que nos defienda de los hombres: oid!



El ruido continuaba aproximándose.

—Calle! exclamó aquel con sigilo: eso que suena es el golpe de unos remos cimbrando sobre las olas....

—Sí: de unos remos que arrastran sobre nosotros una barca....

—Una barca, decis? Entonces, camaradas, hicisteis bien en llamar á Dios; porque.....

—Lo habeis adivinado....?

—Esa barca....

—Es la de Morgan!

—Precisamente.

El rumor habia cesado: Tuizlo despertó á Don Ricardo y al sacerdote agitando sus cuerpos fuertemente sin revelarles el peligro que en aquel momento les rodeaba: luego se volvió al piloto.

—Teneis armas? le preguntó con una resolución desesperada.

—Ni las tengo, respondió aquel, ni puedo ir á procurarlas, porque si abandono la caña el barco andará al garete: pero id á despertar al Capitan y él es proveerá.

Don Ricardo comprendió por estas palabras que habia llegado la hora suprema de la prueba y presentó sus pistolas á Tuizlo diciendole:

—Toma, hijo mio; pero no te fies unicamente á tu valor en el trance en que te encuentras....

—Eso digo yo, señor; repuso el piloto: es preciso avisar á los demas y....

—Es escusado, señores, observó una voz de trueno sobre la cubierta junto á la escalerilla



de babor, mientras resonaban las pisadas de hasta una docena de hombres repartidos por entrambas bandas: apenas intenteis la mas ligera resistencia sereis todos pasados à cuchillo.

Pero aun no habian acabado de resonar estas últimas palabras cuando el hombre que las pronunciara advirtió que à su redor montaban con resolucion una pistola.

—Quién vá allá? repuso un tanto sorprendido.

—Un hombre decidido à jugar su vida contra la tuya le respondió Tuizlo.

—Quién quiera que seas desde ahora me voy à jurar que pierdes la partida.

—Tal vez.

—No creas que lo digo por aterrarte, pero siempre han caido à mis pies los mas fuertes banqueros.

—Es que tú entonces apuntabas....

—Lo mismo que ahora, camarada; y montó su vez una pistola.

—En efecto, repuso Tuizlo sin turbarse: solo que entonces no tenias al frente un punto tan fuerte como tú, sino banqueros indefensos; y pudiera suceder que en esta partida cayésemos los dos para nunca levantarnos.

—Bien te esplicas: veo que eres pájaro de mi misma pluma.

—Mejor dijeras de tú misma fibra.

—Pero como buenos jugadores comencemos por hacer conocimiento: yo soy Morgan!

Al escuchar aquel terrible nombre el fraile y D. Ricardo se estremecieron, mientras Isa-



bela se desmayaba en los brazos de este último: el piloto se acercó á ellos con la caña del timon en la diestra resuelto á defenderlos como Tuizlo.

—Sí señores, repitió el bandido, yo soy Morgan, el monarca del Océano como Vs. me apellidan.

—Y también te llamamos el espanto de la humanidad, repuso el denodado jóven; pero todo puedes dejar de serlo en este instante si no mandas á tus satélites que se retiren.

—Hijo mío! exclamó D. Ricardo traspasado de amargura.

—Nada temais, repuso el valeroso Tuizlo, quitando sus pistolas: Dios es grande y no apartará su mirada de nosotros.

—Pues entonces aquí estamos hasta trece años, puesto que trece tenemos sobre Vds. la mirada.

—Nada de bromas soeces, Morgan! O haces como te digo, ó como lo dije te mato.

El bandido despues de un momento de reflexión se volvió á los suyos y les intimó el precepto de alejarse.

—Y bien! dijo al mancebo: despachemos, que yo estoy acostumbrado á perder el tiempo. Ya tus camaradas se alejaron....

—¿Entonces á Cayacó? le repuso aquel con dignidad.

—Al reyezuelo de Samaná?

—Precisamente.

—Le conozco por sus riquezas, de que hace poco tomé una buena parte.



—Quieres la otra?

—Vaya que si la quiero! Aunque no amo el oro siempre lo procuro para satisfacer la ambición de mis valientes. Pero, quién eres tú para briadarme con los tesoros de Cayacó?

—Morgan! Haz que à mi y a los que gimen à mi espalda nos respeten esos que has llamado tus valientes, que sin excepcion nos vean como fuera de su autoridad, y Samaná entera será tuya.

—Lo prometo. Sean ustedes quienes fueren, nadie incluso yo ha de tocarles ni inquietarlos. Llegado à comprender que eres un bravo, y yo estoy dispuesto a concedértelo, menos que te pagues à mis camaradas tú libertad con tus bullets, porque eso es exclusivo y forzosamente mío. Ea: duiero que arreglemos esto como amigos: escacha.

Oyóse sobre el mar un ruido áspero como de cuerpo pesado que caía de improviso sobre revuelta superficie.

—Y bien?

—Eso que ha rodado es mi pistola.

Tuizlo entregó las suyas à D. Ricardo y Morgan continuó:

—Me ofreciste la parte de riqueza que posee Cayacó

—Sí. Te ofrezco en mi rescate y el de mis compañeros de viage todo la península de Samaná.

—De qué manera?

—Presentándonos tú y yo à Cayacó.

—Vamos, que tú deliras,



D. Ricardo se incorporó diciendo al jóven:

—No salgas, por Dios, de un peligro para hacer frente á otros mayores. Sea cual fuese nuestra suerte resignémonos: no es la locura el camino de la salvacion, Tuizlo querido!

—Tuizlo! Esclamó el pirata con asombro ¿tú te llamas Tuizlo?

| —Ese es mi nombre.

—Y tu padre es Cayacó?

—El Señor de Samaná.

—Entonces.....hace algunos años que caiste prisionero.

—Fú lo dices.

—Ah! No te equivecaste al asegurarme la posesion de ese vasto territorio, porque todo lo daria tu padre por tornarte á ver entre las brazas. Sin embargo, Tuizlo: no acepto tu ofrecimiento. Que Cayacó dé por tu rescate y ei de tus compañeros algunas láminas de oro que repartir entre los míos, y lo demas corre de mi cuenta.

—Morgan! repuso el jóven estrechándole la mano al foragido: tendrás oro, mantas y corales si cumples tu promesa de inviolabilidad: aunque pirata, tē creo bastante honrado para respetar tus juramentos.

—La profesion del hombre, Tuizlo, no altera sus principios.

—Las malas profesiones corrompen la conciencia.

—La corrompen cuando constituyen una vocacion.

—Nadie, Morgan, es perverso por instinto:



para serlo se comienza per abjurar de la virtud, y el hombre sin virtud es una bestia perpetuamente sierva de los mas feroces arrebatos. Tú serias leal y bueno en todo antes de convertirte en cruel y sanguinario; pero de momento yo no veo en tí otra cosa que el pirata; y si antes de serlo me hubiera abandonado ciegamente á tu promesa, hoy recelo de ella al contemplar que vistes un buriel ignominioso.

El fraile dominico se arrastró hasta los pies del mancebo diciéndole á hurtadillas.

—Menos severidad, hijo mio: no irrites al chacal entre su bosque.

Señor!—le repuso aquel con la misma repulsa—mas que la predicacion persuade el buen ejemplo....

—Perdona Tuizlo....—y rechinando los dientes de despecho se alejó agobiado bajo el peso del reproche, si bien jurando su venganza.

A su vez llegaron don Ricardo que abrazó con efusion á Tuizlo y la hermosísima Isabela que le estrechó una de sus manos con ardor y gratitud. Entretanto, Morgan discurría por la proa ocupado en recoger su gente y encargarse de la maniobra de la nave. Algo de horrible habia pasado en la bodega á juzgar por las blasfemias que de improviso rodaron por sus labios; mas no fué posible comprenderlas puesto que al volver y apoderarse de la caña del timon eran otros su acento y su sonrisa.



La noche iba serenando á medida que avanzaba: algunas estrellas se presentaron repartidas por el firmamento y el viento disminuyó su intensidad. Tuizo observó que éste último soplabá del Poniente y dijo á Morgan.

—Que rumbo lleváamos?

—El de la Ziona,—respondió aquel,—allí daremos fondo y cuando quieras escribiras á tu padre lo que tenemos acordado. Miétras tanto, ni faltan buenas chozas ni sabrosas frutas, ni riquísimo pescado. Estareis todos en completo albedrío, hasta que hecho nuestro arreglo volvais á seguir tranquilamente vuestro viaje.

—Así lo espero—repuso el jóven indio.

Un ruido sordo, y otro y hasta trece seguidos con muy cortos intervalos se oyeron sobre las crestas de las ondas: el bandido rugió sordamente y sus dientes rechinaron à compas de la azotada arboladura.

—¿Qué es eso?—preguntó con sorpresa Don Ricardo.

—¿Una desgracia—respondió Morgan—que no me ha sido dable evitar.—Y reflexionando un instante como quien acaba de cometer una imprudencia añadió:—pero una desgracia común en este elemento que me agita desde algunos años, aunque sin poderme acostumbrar á ella.

—¿Y se puede saber qué género de desgracia es esa que decís?



—Por fuerza habreis de saberla: se dice generalmente que entre cielo y tierra nada hay oculto.

—En efecto,—esclamó el fraile con intención:—Dios en su equidad infinita no permite que los hechos y los pensamientos de los hombres queden por mucho tiempo el incógnito, aun para los hombres mismos. De otra manera el crimen se entronizaria sobre la tierra, y las pasiones mas ilegítimas apurarían el licor hasta las heces. Siempre hay una mano, señor Morgan, que rasga el velo de improviso y deja esuestos el crimen y la pasión à su vergüenza.

—Vergüenza tanto mayor—repuso Tuizlo—re rabioso y burlon—cuanto mas pura debiera ser la conciencia sobre la cual cae como staño derretido....

—Sí, hijo mio,—pensó Don Ricardo despues de oír con entusiasmo à su pupilo:—la culpa siempre es una: el juicio no hace otra cosa que exaltarla con su asombro en relacion directa del origen.

—Pero una conciencia recta está libre de suar al vapor de la vergüenza,—añadió el sacerdote.

—Esa rectitud, padre, es un fantasma que acaricia la vanidad del hombre sea cual fuere su carácter.

—Señor, Tuizlo! gritó aquel irritado:—todo absolutismo es temerario, y el de vuestras palabras me obliga à establecer una escepcion, aunque inmodesta. Mi conciencia no gime bajo el peso de la vergüenza.



—Y bien?—repuso Tuizlo con fingida calma: —tampoco podeis responder de que mañana abra en ella un capullo la pureza. Aunque sacerdote, sois un hombre como yo, y siendo hombre, ¿podréis asegurar que nunca morderán vuestro corazon las pasiones á que el mio está sujeto?

—Yo no pertenezco al mundo, que es su único elemento....

—Pero en el mundo andais, señor; y con mi propia forma y con mi espíritu, veis lo que mis ojos ven, juzgais lo que mi juicio juzga, y sentis y deseais lo que mi corazon siente y desea. Vos á mí no existe otra despariedad que la traje; pero á través de él.... ¡ah! ¡cuántas veces habreis sentido latir vuestro corazon en presencia de una hermosa!

—Tal vez....—dijo el fraile con despecho; pero ese latido pasajero no enjendra una passion nefanda, ni ofende á la sociedad, porque su vibracion no tiene timbre y se pierde desconocida en el vacío.... Un latido, ademas, no es un desborde....—

Y sonrió con malicia.

—Sin duda....contestó Tuizlo comprendiendo el epigrama:—pero un latido suele á veces ser mas vituperable que un desborde.... Supongamos, por ejemplo, que yo, *triste siervo, sin tener cuenta de mi condicion, me atreviese á requebrar de amores á la angélica Isabela....*

El lominico frunció las cejas de enojo, adivinando sin duda la manera con que Tuizlo iba á glosar esas palabras: éste continuó:



Y supongamos también que vos, sin tener en cuenta vuestro carácter os atrevieseis solamente á pensar en ella. . . . ¿Cuál de nosotros dos sería mas culpable. . . ? Yo con mi triste condición de *siervo*, me olvidaría de Isabela al requebrarla; pero vos, con aquel *latido* y un pensamiento de su amor—os olvidaríais de vuestros votos. . . En una palabra: yo ofendería á la tierra y vos al cielo: yo á la humanidad y vos á Dios. . . . Esto lo digo, Padre, en pura hipótesis, con respeto á la austeridad de vuestros deberes y solo para probar que ni hay conciencia exenta de culpa, ni nadie debe hacer alarde de infalibilidad en el seno de esta vida tentadora. . .

—En efecto,—añadió balbuceando el sacerdote:—ni nadie está á cubierto de la vil calumnia. . . .

—Ni nadie puede impedir,—repuso Tuizlo, que al sorprender un secreto revelemos otro idéntico que escondía nuestra alma, y que bajando del sitial del juez pasemos á ocupar el banco del acusado. . .

—Todo lo pueden la malicia y el arrojo. . .

—O lo que es lo mismo, los celos que bombardean un corazón de estopa y la intemperancia que azuza un carácter irascible. . . .

—Señores,—pensó Don Ricardo comprendiendo algo de aquella peligrosa discusión:—páreceme que tomásteis por epigrafe algunas palabras de Morgan para estraviaros en unos análisis fisiológicos ajenos del momento y de lugar.

—Sí Señor,—dijo el pirata:—ahora me a-



cuerdo haber contestado que pronto se sabría la causa de aquel ruido que oísteis en la mar; pero Tuizlo se enredó de palabras con el Padrecito, y juro á Dios que el mozo se explica de lo lindo...

—No jureis, señor Morgan,—repuso el fraile,—se os puede creer en vuestra palabra sin invocar el santo nombre de Dios.

—Quià! Dios es bueno y perdona: ojalá perdonáramos como él acá en la tierra.... Pero... dime Tuizlo: ¿quién es esa hermosa Isabela que hace poco nombrasteis?

—Es la hija de este caballero,—repuso aquel alando á Don Ricardo.

—Y por supuesto viene aquí?

—Sin duda.

—Será jóven...

—Mucho!

—Y como hermosa, sensible...

—En alto grado, señor Morgan:—dijo Don Ricardo arrebatando la palabra á Tuizlo que iba á responder, y colocándose al lado de su hija:—pero ¿querréis explicarme qué significan esas preguntas...?

—Ningun peligro amenaza á vuestra hija, caballero.

Morgan dijo estas palabras con inesperada duizura calmando la inquietud que como una inmensa oleada rodeaba el corazon del buen anciano.

—Pero en suma—repuso éste—por lo menos algun misterio envuelven....

—Sí señor... para ella por ahora y para to-



dos. . . . el misterio del ruido aquel. . . .

— Ah, sí! El de aquellos golpes repetidos. . .

— Precisamente.

— Y cuándo pensais revelarlo?

— En el momento de saltar á tierra.

El piloto, que se habia quedado dormido inmediato al gallinero, dió una vuelta murmurando algunas frases. Morgan dijo á Don Ricardo:

— Hé aquí un hombre que ha de nacer al despertar!

El anciano miró al pirata, á favor de la luna que ya hacia rato iluminaba al mundo; pero nada pudo leer en su semblante, que endurecido por el género de vida que le azotaba desde luengos años se habia rebelado á toda expresion tierna ó compasiva.

Tuizlo entretanto se habia acercado á Isabela aprovechando un momento en que el dominico se habia recostado á una de las bandas de la nave, y aquel en que Don Ricardo deparaba con el terrible Morgan. La joven se estremeció al verse casi sola con el hijo del cacique sin poderse explicar el origen de aquella extraña sensacion; pero al mismo tiempo sentia un placer indefinible recordando que á su brio debian ella y su padre la existencia. Por su parte el mancebo mezclaba el júbilo con una amargura profundísima, cierto de que el dominico amaba á Isabela con el amor mas peligroso y audaz, con el amor que puro en su principio descende á comunicar con todas las pasiones viles desde que se apercibe de su ilegitimidad y su impotencia.



Isabela comprendia que algo atroz torturaba el alma del mancebo, y no se atrevia á interrogarle porque el verdadero amor es respetuoso, y ella le amaba tiernamente, no tanto por lo jóven que era y lo gallardo, cuanto por la solidez de sus virtudes, y tal vez por gratitud. En efecto, Tuizlo habia impedido que Don Ricardo sucumbiera bajo el golpe de la envenenada flecha del salvaje; y sabido es que el reconocimiento desarrolla con frecuencia una passion íntima y á veces mas duradera que las brotadas por las corrientes magnéticas de unos lindos ojos, ó el murmullo delicioso de frases alogas, emitidas con oportunidad y con estudio.

Pero no era posible permanecer por mucho tiempo en este elemento de dudas y deliciosas ilusiones á que sin querer habian hecho frente entrambos jóvenes: hay ciertos géneros de espectativas que atormentan y no matan; pero unas insoportables que la muerte misma por cuanto es eterno su dolor.

Segun hemos dicho Tuizlo se habia aproximado á Isabela, es decir, que se encontraba á punto de rasgar un velo que ocultaba á los ojos de su alma la luz ó las tinieblas, el paraiso ó el infierno.

Por su parte la doncella le vió sentarse á su lado, y sonrió de gozo; pero una lágrima transparente vino á humedecer sus negros y brillantes ojos, rolando desde las puntas de sus lenguísimas pestañas hasta la mano del mancebo, á tiempo que, con la confianza casi fraternal



que se tratabanle, habia tomado una de las suyas.

—Lloras, amiga mia? le preguntó Tuizlo con ternura:—temes acaso que una nueva calamidad amenace tu existencia?

—Temo, Tuizlo, que Morgan nos lleve á sus guaridas para sacrificarnos despues de recoger los tesoros que le has prometido.

—Serénate, Isabela; Morgan no es capaz de tanta infamia, aunque pirata; y si por su mal la pretendiera, antes de ponerla en ejecucion habria lanzado entre mis brazos el último suspiro. No es Morgan el hombre de quien debemos temer. . . .

—Pero en todo caso tu vida estaria rodeada de peligros.

—Nada importan ellos tratándose de alejarse de la tuya.

—¡Siempre generoso Tuizlo!

—¡Siempre desgraciado!

—Desgraciado..? ¡Ah, si! Por los peligros que en este instante nos rodean. . . .

—No, Isabela hermosa: mi desgracia procede de otra causa muy distinta. . . . Tiempo hace que en nada de lo exterior se detienen mis miradas, sino que se vuelven únicamente al corazon, porque este sufre un dolor agudo difícil de combatir. . El mundo se levanta cada aurora con el mismo manto de preocupaciones que le simboliza desde su origen, y el hombre despierta con su lumbré y sus rumores á devorar amarguras, á perder lágrimas y evaporar suspiros. . ¡Ah! Mi desgracia hermosísima Isa-



belá, se remonta á un elemento muy distinto del que ahora nos rodea, si bien es cierto que en éi he venido á comprenderlo..

—Tus palabras, Tuizlo, encierran un misterio que no puedo penetrar; pero un misterio que me ofende.. Has dicho qué en nada de lo exterior *se detienen tus miradas*, y... esa confesion vale para mi alma por todo un desengaño. ¡Ah! Cuando te he visto renunciar tantas veces á los brazos cariñosos de tu padre: cuando has ensordecido al amor de la patria á tu libertad por vivir bajo nuestro techo soportando con heroismo el injurioso epíteto de esclavo....

—En fin, cuando aquí, esta misma noche has sido el único que lleno de valor ofreciste tu pecho á la bala del pirata por defendernos de una muerte segura despues del deshonor y de la infamia... entónces creia que tus ojos se detuvieran en algo mas que tu interior... Pero dice bien mi padre... el hombre no obedece mas que á la autoridad del egoismo....

—¡Oh Isabela!—esclamó el jóven con voz entrecortada por la pena:— tu injusticia solo iguala á mi dolor!

—Mi injusticia..?

—Sí, por Dios..!

—Ojalá dijeras verdad!

—Oyeme, Isabela, y perdóname si al descubrirte el verdadero estado de mi alma te prueba hasta que punto has sido cruel con quien antes que reproches merece tu absoluta compasion. Mi origen, Isabela, es puro como el sol un indio bien puedeser noble á par de un cas-



tellano, pues el haber nacido en latitudes diferentes y tener por esta razón la piel mas ó menos blanca no se opone en manera alguna á un nacimiento distinguido, que solo difiere relativamente de cualquiera otro pero que en la esencia es uno.

—Quién puede dudar de esa verdad?—preguntó con asombro la doncella que ignoraba á donde se encaminaba el discurso del mancebo.

—El mundo, Isabela! El mundo que perseverante en su orgullo ha trazado una linea divisoria que no pueden hallar mas que sus adeptos sin que basten á sobornarte los sentimientos elevados ó las purísimas virtudes.

—Pero el mundo....

—El mundo somos nosotros....!

—Entonces, yo soy uno de los muchos seres que cororan tu alma de amárgaras.... ¿No es esto Tuizlo...?

Y la jóven esprimió una lágrima mas entre sus párpados.

—No, Isabela: no debemos individualizar porque entonces me seria imposible proseguir en el camino de la revelacion. El mundo me rechaza de su seno y es à él à quien acuso. Mi alma es sensible, Isabela: sensible como la hoja del árbol al soplo mas ligero de la brisa.....

La doncella retiró su mano que el jóven indio habia estrechado suavemente al pronunciar aquellas significativas palabras y sintió que la emociion se levantaba de su pecho á la garganta como una columna de fuego.



—Pero mi alma—continuó Tuizlo— el alma de un salvaje.... el alma de un impuro habitante de los bosques de América que aunque solamente consagrado à la idolatria de lo bello morirá solitaria y aun escarnecida entre la mas densa oscuridad..... Este es mi secreto, Isabela, este mi dolor.... ¿Qué me importa ser hijo de un cacique poderoso, y tener una conciencia vírgen de extravíos, si en medio de todo las preocupaciones se levantan à manera de gigantes contra esa alma misma y le vedan rendir un tributo al sentimiento?

—Calla, Tuizlo!—Esclamó con dificultad la conmovida Isabela; pero el apasionado mancebo continuaba sin escucharla:

—Nada importa à la verdad....! Ese sacerdote mismo no cesa de justificarme en sus creencias con sus repetidos sarcasmos desde el momento en que ambos pisamos la cubierta de esta nave.... ¡Oh! Con cuánta crueldad me ha destrozado el corazon! ¿Y porqué? Porque mas sagaz que austero en la observancia de sus votos ha penetrado mi interior, y ruge de celos al ver que si no soy feliz tampoco he renunciado solemnemente como él à la esperanza....

—Y bien, Tuizlo: puesto que esperas no eres del todo infeliz....

—Hay género de esperanzas, Isabela, que en vez de abordar à su propósito se estacionan y hacen vegetar la vida entre el deseo y la agonia.... Yo no concibo cuáles sean las ventajas de semejante situacion... Además, si tengo el derecho de esperar, no me atrevo à



tanto.... Sé que vivo en medio à un paraíso; pero; ¡ay! no soy yo el que puede aspirar el aroma de sus flores....

Isabela llevó el pañuelo à sus ojos y comenzó à llorar con sigilo para no avisar à su padre de la emocion que la embargaba: necesitaba de aquel desahogo natural y socorrido, sin el que seguramente su corazon hubiera reventado à manera de una bomba de campaña, y acudió à él con esa docilidad bellisima de la mujer sensible que padece en el elemento mismo de sus soñadas alegrías. Pero si las susceptibilidades encantadoras del pudor le hicieron prontamente retirar su mano de las manos enardecidas del mancebo, por un inpremeditado impulso de ternura las buscó luego y estrechó con sea-ridad cuidando de ocultar sus lágrimas. Inútil es decir que Tuzile la recibió con alegría tomando esta especie de abandono por un rayo de la esperanza que poco antes consideraba como distante de alumbrar los dias de su borrascosa existencia.

Un rugido sordo se oyó à poca distancia y algunas frases articuladas à media voz, que no partían por cierto de los labios de Don Ricardo ó de Morgan, porque ambos hablaban à la vez de una manera bastante inteligible para que se le pudiera confundir. El piloto roncaba como un leon, tirado sobre la húmeda cubierta, y el fraile continuaba en su misma actitud, es decir, echado de bruces sobre la banda de estribor.

Algo mas tranquila la hermosísima Isabela



retiró el pañuelo de sus ojos, un tanto enrojecidos, pero brillantes y poderosamente cargados de esa languidez indefinible que pudiéramos llamar *la electricidad del amor*. Dolido Tuizlo de la aflicción en que la había sumergido con la rápida descripción de su porvenir, fué el primero á romper el silencio, diciéndole:

—Esas lágrimas preciosas que he tenido la fiereza de arrancarte, serán, Isabela, el motivo de la expiación primera de mi vida. Ellas estarán presentes en mi conciencia á todas horas, y me gozaré en la amargura á que por fuerza deben conducirme.

—No son de dolor mis lágrimas, oh Tuizlo! —repuso la joven con suavísimo acento— ni aun cuando lo fuesen merecerían el sufragio de la expiación que intentarás imponerte. Mi llanto tiene otro origen... pero siempre es el llanto de uno de los seres que pueblan el mundo, indiferentes al soborno de los sentimientos elevados ó las purísimas virtudes...

—Oh, Isabela! Tú no eres lo que dices, sino un ángel de compasión y de bondad que llora como los humanos y siente inspirado por el mismo Dios...! A ser otra cosa...

Tuizlo se detuvo; pero ella le estrechó la mano con pasión, y presa de una inquietud indefinible al par que deliciosa, exclamó:

—Acaba! acaba!

—Pues bien, Isabela mía... á ser un ente sometido á la influencia de las preocupaciones, el alma de este salvaje no te amaría con la incomparable ternura que te ama! Sí: yo te amo



desde el punto en que la suerte me puso bajo el techo hospitalario de tu padre, te amo desde antes de conocerte; por que tú eres la virtud y la virtud es mi deidad... Isabela! Ten compasion de mí...

El jóven iba á postrarse ante su amada, que yacia en una abstraccion deliciosísima, cuando cerca de entrambos se oyeron los crujidos de unas ropas, al parecer pesadas y groseras. El indio levantó la frente con fiereza, y reconociendo los hábitos del dominico dijo resueltamente á Isabela, mientras con ademán solemne levantaba en alto una mano:

—En el nombre del cielo, Isabela: ¿perdonas el pecado de mi alma, ó aceptas el amor que te consagro?

—Tuizlo! mi adorable Tuizlo, respondió la jóven con la misma religiosa entonacion—tuya y hasta la muerte....!

Una infernal carcajada salió de entre los conchidos lábios del cenobita restallando por toda la cubierta como el lejano eco de los truenos. Don Ricardo volvió la cabeza con sorpresa, y se encaminó hácia su hija algo molesto de aquel estrépito, mas por la procedencia que por el efecto, y aun acusando en su interior la poca mansedumbre con que desde un principio se portara el turbulento sacerdote.

Tuizlo habia desaparecido del lado de Isabela: el dominico ocupó inmediatamente el lugar de Don Ricardo junto á Morgan. ¿Qué ideas habian brotado del cerebro de estos dos hombres al separarse de Isabela? Hé aqui lo que



vamos à averiguar dentro de un instante.

El enamorado Tuizlo habia logrado calmar en el fondo de su pecho la tempestad de dudas que sobre el amor de Isabela hacia tiempo le abrumaba: las últimas palabras que recogió de sus divinos labios valian por toda una existencia de venturas, y la esperanza iluminó la frente del mancebo.

El dominico, por el contrario, reventaba de celos: habia oido la revelacion de Isabela que desvanecia hasta la sombra de sus criminales acciones, y no pudiendo otra cosa apeló al género de la venganza. Isabela no podia ser la victima, aunque interiormente la acusaba: ella debia sobrevivir para que saboreara un dia todos los tormentos que ese amor le reservaba à través de los transportes presentes.

Morgan continuaba gobernando, mientras el piloto, que habia despertado se mantenia à cierta distancia ocupado en disponer una cachimba.

El sacerdote se aproximó à Morgan con todo el aire de humildad que correspondia à su carácter, preguntándole si al amanecer estaria ya en las playas de Zaona

—Tal vez, repuso el pirata:--ni el tiempo es malo ni estamos muy distantes; pero las tempestades estallan sin pasar aviso de atencion, y cuando mas se confia poner la planta sobre el seguro arrecife, suele suceder que el marino descende à las entrañas insondables de la mar.



—El cielo no lo permita!—esclamó aquel con suplicante acento.

—No temais, Padrecito: aquí viene un ángel con nosotros, y los ángeles ruegan á Dios por los mortales.

—Un ángel....

—La señorita Isabela es mas que mujer, segun su padre.

—Sin embargo, Morgan... este ángel no está en la entera gracia del Señor, ese ángel se comunica con un idólatra à quien hace poco juró amar eternamente, y por lo mismo antes que participar de tu confianza temo mas bien que acontezca una catástrofe.

Morgan midió al fraile de una mirada y el píto, que sin propósito habia oido las anteriores frases, se estremeció ligeramente.

—Y se puede saber, preguntó Morgan con indiferencia,—qué idólatra es ese que decis?

—El hombre que amartilló esta noche una stola resuelto à poner término á tu vida...

—Ah...! ¿Tuizlo?—y los ojos del pirata se proyectaron de sangre.

—Tú lo has dicho, Morgan: el siervo de Don Ricardo, que finjiéndose hijo de un magnate de su raza para halagar tus esperanzas, seduce taimadamente á la mas celestial de las criaturas. Pero ya que sin pensarlo hemos tocado este asunto importantísimo, preciso es que pongamos de acuerdo para entorpecer la realizacion de los planes que en este momento concibe Tuizlo en su desmedida ingratitud.

—En efecto, Padrecito: es deber de todo



hombre evitar que otro cometa una mala accion...

Y el pirata, acercándose mas á su interlocutor, añadió con indignacion poco reprimida:

—Y tambien es un deber castigar la ingratitude...

—Pues eso!—repuso aquel entusiasmado.

—Veámos como concebis ese castigo...

—Oyeme, Morgan. Tuizlo te ha prometido oro y piedras por el rescate suyo y de nosotros....

—Cierto...

—Tendräs que ir con él á Samaná, y como do es una farsa volveräs con él á tu chalupa...

—Adelante.

—¡Tuizlo no debe hollar de nuevo la Zaona..!

—Es decir.....que le ato un lingote á la garganta y le doy por sepultura el Océano....

—Hijo mie! exclamó el fraile afectando una dolorosa abnegacion:—la medida es violenta y cruel; pero al mismo tiempo necesaria. Si la existencia de un hombre sin fé ni freno social que modere sus pasiones de salvaje ha de ser causa de la perdicion eterna de una vírgen modelo de virtud y de hermosura, Dios aceptará el sacrificio de esa existencia inútil, no como un holocausto, sino como un acto que se consuma para el mejor servicio de su causa.

—Pero.... ¿y qué haremos luego para consolar á esa jóven que le ama...? Cuál de nosotros se encargará de enjugar su llanto sin que el remordimiento se levante como un fantasma



entre su inocencia y nuestro crimen...? Pensadlo con mas calma, Padrecito: matar á Tuizlo es obra de un instante; pero herimos al mismo tiempo el alma de Isabela, la condenamos á una agonía perdurable, y.... esto es cometer un doble crimen... Si hubiese aquí otro pasajero jóven con cuyo amor deslumbrarla...!

Diciendo esto el pirata habia entrado con sus ojos de fuego hasta el corazon del sacerdote.

—En efecto,—murmuró éste sonriendo con malicia.

—Vos, padrecito.... si no fuera ese ropaje....

—El ropaje es lo de menos...

—O vuestros sagrados votos....

—Mis votos...—y acercándose á Morgan añadió:—yo no he pronunciado voto alguno...!!

Un relámpago de alegría iluminó la frente del génio de los mares, el cual continuó de esta manera:

—Vamos! O quereis chancearos, ó deslumbrado con el bocadillo haceis traicion á vuestro santo ministerio.

—No, hijo mio, repuso el dominico con la hilaridad de un mozalvete:—ni me chanceo, ni jamas abrigué lo que se llama una pasion por Isabela: me gusta, no lo niego; pero como diferimos en edad he sabido reprimirme antes que ridiculizarme.

—Conque... hablando en plata: dijisteis...

—Que no he pronunciado voto alguno? Esta es la verdad.

—¿Sin embargo... hablais de Dios y de vir-



tud, y me llamais *vuestro hijo*...

—Es que de todas estas frases hice un particular estudio antes de embonarme este sayal, y las manejo oportunamente como si fueran de mi reino. Yo como tú, Morgan, creo en un Dios Señor del cielo y de la tierra; pero como tú mero de la virtud. Por esta conformidad de conciencia te he revelado sin reparo mi secreto...

—Os equivocais á lo que entiendo:—repuso el pirata satisfecho de verle voluntariamente colocado en la cuesta de las confidencias:—hasta ahora no me habeis dicho otra cosa si no es que no habeis pronunciado voto alguno: os voy á explicar como es entonces que vestis túnica del sacerdote.

—Te lo explicaré mas adelante... allá, en la zona...

—Y por qué no aquí?

—Porque... alguien puede oirme..

El piloto se tendió en tierra sudando de ira comenzó á roncar como si en realidad se agitara en un sueño trabajoso.

—Quiá!—pensó Morgan con aire distraido:—único que pudiera oiros es ese; y ya lo veis, ronca como la ola al reventar en los cantiles.

—No importa: ahora de lo que debemos ocuparnos es de la suerte de Tuizio.

—Pues yo creo lo contrario,—repuso el pirata afectando una calma de que no participaba hacia tiempo:—Tuizio corre de mi cuenta; pero en la duda de si sois ó no lo que apareceis, creo que debo abstenerme de atentar contra su vida. Siempre me ha gustado jugar limpio: ó



acabais de decirme qué embrollo encierra vuestra vida ó no me hablais una palabra mas de este negocio.

—Vaya, amigo Morgan,—dijo el fraile con dulzura: no os enojeis por tan poca cosa con quien bien te quiere. . .

—Al grano, al grano.

El fraile tomó asiento sobre el tablado que hacia en la popa funciones de gallinero, y bajando la voz, como un penitente á los pies del confesor, dió principio de este modo á su relato:

—Hará sobre dos años que salió de Cádiz una barca con destino á esta isla, cargada de viajeros que en su mayor parte eran empleados civiles y militares. Entre ellos venia tambien un sacerdote de la órden dominica, hombre virtuoso y de avanzada edad que me tomó mucho cariño. . .

—Bien; pero vos. . . .

—Yo venia de asistente de un coronel. . . .

—Ola! con que sois rebajado. . . .

—Djejaos de epigramas, querido Morgan, que el tiempo no anda de sobra.

—Podeis continuar, seor veterano. . .

—Pues el fraile llevado de su buen afecto, y vistas las atenciones que yo le tributaba en la navegacion concluyó por hacerme su confidente y entregarme el cofrecito en que traia sus papeles, su dinero y uu hábito nuevo, con que se disponia á saltar en tierra. Sucedió, pues, que como tú nos sorprendistes en esta noche, nos sorprendieron tambien en otra unos costeros



próximos á la isla de Inagüa, y desde que pusieron el pié en cubierta dieron la voz de degüello. Yo entonces me apoderé del cofrecito, y descolgándome por una banda al bote en que habian llegado hasta nosotros, comencé á bogar á la cía para no producir mucho ruido. Al dia siguiente paseé mis ojos por el horizonte y ni rastro vi de entrambas embarcaciones, miétras la tierra se me aproximaba por la banda del Norte. Redoblé mis fatigas, y á la caída del sol pisé en lo firme, desde donde me dirigí á la capital ya con mis hábitos, y á la que llegué despues de cinco dias de camino. Mi primera diligencia fué presentarme al Obispo y entregarle mis papeles.

—Bien venido seas—me dijo despues de leerlos y colocarlos sobre un velador;—pero te prevengo Carlos, que no vengas á turbar la paz de mi rebaño. Tus ideas maquiavélicas te han valido este destierro y esta suspension en el ejercicio de tu carácter: no quieras con nuevas imprudencias acumular penas mayores sobre tu espíritu

Comprendí que el verdadero fraile venia por castigo á la Española.

—Señor,—dije á mi prelado,—el cielo me ilumine y tenga en su gracia para no causarme mortificacion alguna.

—El te eiga, hijo mio, y te traiga á verdadera enmienda. Por ahora estarás un año sin celebrar el sacrificio de la misa, sin oír culpas de otros pecadores ni administrar los santos sacramentos. Vivirás en el convento de tu Or-



den con austeridad, y harás constante penitencia en expiación de tus errores. Tal vez, si te haces digno de mi lástima, te rehabilites antes del año.

—Dicho esto me volvió la espalda y tuve à bien retirarme à mi convento.

Allí me dieron una celda y un lego, que me acompañaba principalmente por las noches. Gracias à su edificante vocacion por el sacerdocio pude ponerme al corriente en menos de dos meses de todos los deberes, los rezos y las ceremonias à que me habia obligado en un momento de irreflexion.

Habia en la Comunidad un fraile en extremo virtuoso, à quien estimaba mucho el Obispo, mas que por orden de éste me celaba, segun pude comprender de algunas frases de mi lego. Sucedió pues, que estando un dia en refectorio mis ojos ya prevenidos se encontraron distintamente con los suyos, por manera que cuando levantaba yo la frente tenia la seguridad de que él hacia lo mismo, y esto me irritó. Así fué que apenas concluimos, le seguí por las altas galerías, hasta que próximo, à la puerta del coro me resolví à interpelarlo despues de ver si alguno nos oia.

—Disgustado me teneis, hermano Pablo,— le dije afectando pesadumbre,—y disgustado en alto punto con la especie de espionaje que ejercéis tiempo ha sobre mis actos. No se en qué género de culpa pueda incurrir para sufrir ese tormento el hombre que vive entre estos benditos muros entregado à la penitencia.



—Hermano Carlos,—me contestó sin alterar su calma,—ese espionaje de que os doleis no es fruto de vuestros actos de hoy, sino el resultado de vuestros extravíos de ayer; y Dios sabe cuanto me es violento el tener que vigilaros, aunque me consuela la esperanza de que así podré veros muy pronto en pieno goce de vuestros santos ejercicios.

El buen Pablo habia tendido á la espalda su capucha: su rostro estaba iluminado por un rayo de fé y de mansedumbre que me impuso. No obstante tuve valor para seguir en el camino de las esplicaciones, las primeras que habia vocado durante siete meses, y las primeras palabras que, fuera del lego, habian resonado en los oidos de un miembro de la Comunidad.

—Segun eso—repuse—vos, hermano Pablo, me teneis por delincuente, olvidandoos que la Alemania no ha renunciado aun en el mundo el derecho de dañar.

—Os tengo, hermano Carlos, por un desgraciado y nada mas.

—Bien: creéis que pequé....

—Así viene escrito de Sevilla....

—Eso puede proceder de odios engendrados en la juventud y desarrollados luego con el auxilio de una ventajosa posicion.

—Tengo entendido; hermano, que vuestra culpa ha sido posterior à vuestra juventud....

—Quizá....—murmuré turbado recordando que en los papeles del pobre fray Carlos entregados por mi al Obispo se le declaraba mai intérprete del dogma, y que por lo mismo



mi argumento me habia puesto en evidencia.

El hermano Pablo quiso aprovechar mi confusion para retirarse, acompañando con una humilde cortesía estas palabras:

—Dios os guarde.

Pero oponiéndome á su marcha le dije resueltamente:

--Una palabra!

—Os escucharé; pero sed breve.

—Habeis dicho que vuestro espionage procede de mi ayer....?

—Y bien?

—No creo, hermano, que sea necesaria tan-severidad para una culpa....

—Esa es queja que debeis enderezar á nuestro Pastor.

—Privado del ejercicio de mis funciones, que es bastante, la debilidad de ayer queda espada: vuestra vigilancia es un abuso insoportable para la vida austera que hoy soporto.

—Yo no entro en esas distinciones.

—Pero yo sí; para conocer que vos, hermano Pablo, traslimitais vuestras facultades en este momento.

—Hermano!—esclamó el pobre viejo rebo-sando en amargura.

—La ambicion del priorato sin duda os impe-le á oprimirme, creyendo recomendaros de esta suerte á los ojos del Prelado para inclinar su ánimo á vuestro favor.

—Fray Carlos!—gritó el religioso fuera de sí,--ved que me calumniais injustamente y eso os puede traer mortificaciones mas severas de



las que hoy exaltan vuestro espíritu.

—No lo dudo yo sé muy bien de todo lo que es capaz un favorito astuto cuando se trata de satisfacer al dragón de sus pasiones.

•—Mejor hubierais hecho en estudiar las vuestras para sofocarlas antes que entregaron a su infernal regencia.

—Mis pasiones, fray Pablo, no han sido avivadas todavía. . . . acaso vos seais el primero que las irrite por el camino del insulto. . . .

—Acordaos de Sevilla. . . .!

—Acordaos de que siendo vuestro hermano en el Señor sois también un hombre que todavía no se ha prostituido hasta desempeñar el papel de un espion. . . .

—Os comprendo: sois un valiente. . .!

Y la sonrisa del desprecio rodó sobre sus labios: luego continuó:

—Pero debéis saber que aquí fracasan los instintos feroces por convicción ó por la fuerza.

—Mientras triunfan las intrigas por rivalidad ó por codicia. . . .

El fraile se estremeció, y no obstante hallarse encorvado por el peso de los años, levantó soberbiamente su cabeza revestida de canas, blancas como nieve: parecía un apóstol lleno de unción que se enhiestaba ante el peligro satisfecho de su conciencia misma. En cuanto á mí, un temblor no interrumpido circulaba por todo mi cuerpo revelando la rabia de que me hallaba poseído. El soldado iba volviendo del letargo que hacia siete meses le embargaba.



Fray Pablo enjugó el sudor de su rostro con un pañuelo que estrajo de la manga del hábito, me fulminó una mirada terrible y me dijo:

—Fray Carlos! Nadie mas que yo ha podido oir vuestros insultos á través de estas sagradas galerías, donde nunca hasta este momento resonaron. Si apesar de vuestro carácter turbulento guardais un átomo de juicio, no será difícil que muy pronto comprendais que habeis faltado á la casa del Señor faltando á uno de sus mas humildes siervos, y esto solo por desfogar enojos que nada tienen de comun con él. Retiraos, pues, á vuestra celda, y nunca volváis á procurarme: yo os perdono en nombre de Dios vuestras injurias, pero esquivo vuestra palabra para el porvenir.

—Sea!—le contesté con frenesí: dejadme libre de la vuestra que desmiente tan bien vuestra hipócrita exterior, y haced que nunca se enfrenten vuestros ojos con los míos.

—Pudiera ser si no militaran en contra vuestra mas que los excesos de Sevilla, y eso por obra de mi voluntad; pero esto que acaba de pasar aquí léjos de inclinarme á la indulgencia solo servirá para redoblar mi vigilancia.

—Acaso os sea funesto el exceso de vuestro celo. . . .

Y esto diciendo mi mano derecha se cerró con tanta fuerza que sentí penetrar las uñas en la carne.

—Antes que tal suceda,—repuso con reposo el pobre anciano,—Dios se habrá servido traeros al arrepentimiento y la vergüenza en la sole-



dad de cuatro paredones.

—Cómo!...; Me amenazais con la prision?...

Y abriéndose mi mano de improviso descargo sobre el rostro venerable de fray Pablo una bofetada tan recia que el eco la repitió por las espaciosas bóvedas del claústro. Otro fraile que pasaba á lo léjos vió mi arrojó y acúdió en auxilio de su hermano, quien con el rostro encendido por el golpe me contempló un momento y dijo á su compañero retirándose:—compadecedle como yo le compadezco, hermano mio: ¡fray Carlos está loco!

Poco tiempo tuve de reflexionar en la enormidad de mi atentado que como religioso me sometia á las mas terribles pruebas, pues á poco de entrar en mi celda se presentó á la puerta el guardian acompañado de cuatro legos é intimándome la órden de seguirle. Obedecile despues de recoger mi breviario, seguro de que habia llegado el momento de expiar la culpa que el verdadero fray Carlos cometiera en Sevilla, pero agravada en la Española por la bofetada del veterano que en mal hora tomó su nombre y su carácter. Bajamos una escalerilla secreta cuya claraboya daba al jardin, y despues de atravesar diversos corredores oscurísimos, donde por efecto de la humedad corria un airecillo sumamente frio, llegamos á una habitacion solitaria. El guardian introdujo la llave en la cerradura haciéndola chirrear ásperamente, luego empujó las hojas de la puerta, me hizo señal de que entrara y volvió á cerrarla. ¡La noche no es comparable en lobregez al interior de aquella



horrible habitación! El guardian y los legos se alejaron despues de instalarme en mi calabozo, no oyéndose á poco tiempo otro rumor en todas aquellas galerías que el silbido ó el aleteo de los murciélagos.

La puerta tenia un postiguillo, casi á flor de tierra, de modo que por este era que me introducian diariamente la comida. No habia, pues, esperanza alguna de fugar al horror de aquel encierro, en que para mayor angustia ni podia leer á efecto de la oscuridad que perennemente me rodeaba.

Dos meses habian corrido á contar desde la fecha de mi encierro, cuando senti pasos en la galería mientras flotaba sobre el techo la luz tenue de un blandon: luego oí que sonaba la cerradura: era evidente que venian en busca del criminal para juzgarle. ¡Oh amigo Morgan! Qué terrible momento en una conciencia acusadora! Confieso sin rubor que me estremeci, yo, solo que entre mis camaradas tenia fama de invulnerable á la lanza y el cañon...! Abrióse por fin la puerta y el guardian me dijo mientras uno de sus acompañantes me alumbraba el rostro con la antorcha:

Fray Carlos! Nuestro Prelado se digna redimirnos de la prision á que perpetuamente estabais condenado á causa del escandaloso hecho que por lástima de vos mismo causo el recordaros; pero os lanza de su diócesis, como un ser funesto al orden y la concordia que ha reinado siempre en ella. En cuanto á fray Pablo os acuerda su perdon.



Señor...!—me atreví á balbucear.

Silencio...! exclamó aquel con imperio, no os corresponde hablar sino obedecer. Vuestro equipage todo se encuentra en estas horas á bordo de una carabela que con las primeras horas de la noche debe partir para Puerto-Rico, y solo falta que os embarqueis. Seguidme, pues, sin dilacion y sin aventurar una palabra que seria de todo panto inútil. Una cosa os recomiendo, fray Carlos, y os la recomiendo á su vez nuestro Prelado: cuando al llegar de Sevilla y presentaros à él os previno que fueseis humilde como digno siervo del Señor, respondisteis que *no le causariais linage alguno de mortificacion*: habeis sido inconsecuente á esa promesa que os debia valer en cambio el perdón de vuestras pasadas culpas, habeis levantado la diestra para descargarla sobre el resto venerable de un hermano cuya vida adornan tantas virtudes como canas su cabeza.... ¡Fray Carlos! ¡Fray Carlos! Ved lo que naceis en adelante, porque si no os enmendais vuestra condenacion es inevitable..!

Dicho esto se cubrió la cabeza con la capucha y comenzó á andar: sus familiares me intimaron la órden de seguirle cerrando la comitiva á mis espaldas.

Cuanto me habiá pasado y estaba pasando en aquel momento me hubiera parecido una extravagante conseja, si un año atrás cualquiera camarada del cuartel ó una gitana de las que leen el porvenir me lo hubiese anunciado. En los tiempos de mi vida militar las carreras de



baqueta y los muchos meses que sufrí de arresto limpiando fusiles y dando blanco á las correas no me afectaban, porque no pasaban estas el pellejo condenándome á ellas otro militar; pero vistiendo aunque sin derecho el hábito del religioso las palabras y los hechos derivados de mis extravíos no me fueron mas sensibles por ser justos que por venir de un hombre que realmente era ministro del altar, y mi confesion ó mejor dicho mi vergüenza habia por la primera vez coloreado mis mejillas. Sin embargo, mientras caminábamos en direccion al muelle logré serenarme con la idea de que mi delito disminuía su carácter agravante tan luego como se era que yo no era tal sacerdote, pues en caso de juicio entonces los tribunales civiles incursionarian su jurisdiccion, y si en ellos se pronuncian sentencias no se fulminan á lo ménos atemas, que era lo que yo temia desde la hora que me redujeron á prision.

Llegamos al muelle, y merced á una falua de capitanía del puerto en breves minutos nos dábamos el guardian y yo á bordo, donde me entregó al capitan con un pliego cerrado.

Fray Carlos!—me dijo en tono solemne, mientras descendia á la falua,—que el cielo os ilumine en vuestros pasos.

El se digne oír vuestros votos, virtuoso hermano mio..!

Que os veamos por acá muy pronto,—repu-so con sagacidad, al ver que los otros pasajeros prestaban atencion á nuestro diálogo.



Asi sea,—le contesté despues de haberle comprendido.

Pero que os veamos bueno...y sano...

Amen....!

La fauua desapareció entre las sombras de la noche, que ya habian comenzado á descender media hora mas nos hicimos á la mar, por cuya superficie resbalábamós cada uno de nosotros con su remordimiento ó su esperanza hasta que tú, Morgan, nos apresastes de improviso. Ya conoces la historia de mi vida en su parte semi-religiosa: ya sabes que yo no estoy divorciado con el mundo por obra del juramento: ya sabes en fin, que en la Ziona puedo trocar el hábito por la camiseta, y poseer el cariño de Isabela desde el momento en que Taizlo deje de existir. Pero á nadie digas, por Dios, quien soy verdaderamente: á bordo han tenido lugar algunas escenas que me hubieran comprometido á no ser por este traje.

Calló el falso religioso, y esperó que los labios de Morgan se entreabrieran, como se prometia, celebrando su expedicion para optar al cariño de Isabela; mas el pirata estaba horrorizado acaso por la primera vez de su vida con lo que acababa de escuchar, y en el egoismo natural del hombre se olvidaba de las exigencias del hipócrita para pensar en las de su conciencia propia. Su pensamiento como el relámpago voló por los espacios del pasado; y al ver lágrimas y sangre, y al oír sollozos y estertores se estremeció. Aquella historia, en la esencia me-



nos horrible que la suya, fué para Morgan como un aviso del Señor.

El farsante comprendió que algo estupendo pasaba en el alma del pirata y se apresuró á distraerlo.

Y bien, querido Morgan,—le dijo frotándose las manos—¿no te alegras de saber quien soy?

Quién sois!—¿Acaso me habéis dicho vuestro nombre?

Y Morgan sonrió.

Ah! Tienes razon: para los otros seré siempre el padre Carlos, para tí Cayetano.

Y que quieres que te diga, amigo Cayeta-

Bravo!—Esclamó aquel con regocijo,—esa fianza es la mas espresiva garantia de mis propósitos. Nosotros, Morgan, concluiremos por entendernos y ser lo que se llama unos buenos camaradas.

El pirata ahogó una blasfemia en mitad de garganta, mientras su mano derecha bajaba en disimulo á posarse de nuevo sobre la caña del timon, despues de abandonar el mango del chillo que ocultaba en su cintura.

Seremos lo que gustes,—respondió á Cayetano sin mirarle; mas retirase por ahora, que su padre de Isabela nos observa.

Bien, amigo mio; pero volveremos á conferenciar sobre los medios conducentes á impedir que su hermosa hija sea presa del salvaje.

Sin duda... ambos lo impediremos... ahora puedes retirarte.



Pues... esta es mi mano!

Y esta la mia, repuso Morgan con disgusto al enlazar su diestra con la de Cayatano.

Adios, mi querido piratillo, dijo con truhanería al ausentarse.

Adios...fray Cárlos, le contestó Morgan distraído.

Fray Cárlos ó Cayetano se volvió no bien habia andado doce pasos, y dejando rodar sobre sus labios ia mas feroz de las sonrisas murmuró estas palabras en que se revelaba toda su ira:

Alerta, seor pirata! Me habeis obligado à revelaros lo que solo Dios y yo deberíamos saber...! Alerta os digo...! porque ese secreto ha de volver à mí, aun à precio de vuestra sangre, tan luego como hayais servido de instrumento à mi venganza...!

Dicho esto echó la capucha sobre su cabeza y fué à recostarse junto al palo mayor, sirviéndole de almohada un rollo de lona que se empleaba como toldo durante las horas del medio dia.

Hay un efecto delicado que brota en el corazón de los mortales con la presteza del relámpago y se radica en él hasta tomar las gigantescas proporciones de la amistad ó del amor. En efecto: si la mujer es quien despierta ese sentimiento que como tantos otros reposa hasta su dia, inalterable bajo el velo del olvido, necesariamente se dilata y esponja à manera de las plantas con la humedad saludable de la noche, y cual ellas ofrecen agradecidas à la aurora



sus frutos y sus flores,—el alma brinda á la mujer, que es la aurora de todas sus esperanzas, un mundo de pasion y de ternura que siempre termina con la muerte precedido de hechizos ó, acaso de pesares. Una mirada sin estudio basta á inflamarle, y una ocasion favorable le desarrolla ó una contrariedad le debilita; pero nada de este mundo le arrebatá á su cuna ni le distrae de su adhesion semi-divina que generalmente declina en el amor.

Si es el hombre el principio de este afecto, el alma que le concibe se recrea en la glorificacion de aquel, y pregona con orgullo las calidades y los triunfos que le adornan los cuales decayeren en un ser de su linaje, mientras por el camino de los hechos mas señalados se dirige á merecer las deferencias de una amistad íntima y eterna.

Ese afecto, pues, que nos aprocsima reciprocamente sin estudio, que nos obliga sin diferencia de sexos y sin exigir costosas pruebas, es que el mundo llama *simpatía*; nombre si se quiere vago, nombre espúreo, por cuanto anda como fuera del circulo en donde giran todas las grandes pasiones; pero significativo sin embargo, pero verdadero, leal y generoso.

No se puede decir que Morgan, espanto del litoral de la Española, hubiese entregado su ánimo al miedo cuando abordó al bergantin y se dió con Tuizlo dispuesto á sepultar una bala en sus pulmones; pues además de que tambien su mano requería una pistola, mas de una vez habia hecho frente á la muerte desarmado á efec-



to de su valor extraordinario, y del arrojo propio entre hombres de su profesion. El hecho de entrar en convenios de paz con el resuelto jóven tuvo su origen en ese afecto purísimo, en esa simpatia profunda que ora nace de la admiracion de lo bello, ora del denuedo, y lo que es mas comun del infortunio; Morgan habia simpatizado con Taizlo: fácil será deducir con cuanta indignacion oiria las proposiciones del relajado Cayetano, las cuales á la vez de conspirar contra la vida de un hombre noble y generoso, le repugnaron altamente, porque el pirata no era un asesino; y si era verdad que muchas veces su mano se habia humedecido en la sangre del desapercibido navegante, no era menos cierto que eso siempre tuvo lugar á efecto de la lucha en que aventuraba el mismo tesoro que su víctima.

El piloto habia participado de todo el diálogo sostenido por el supuesto fraile y el pirata, quienes en la preocupacion de sus diversos propósitos le creyeron sujeto al imperio de un sueño profundísimo, y no tuvieron reparo en comunicarse libremente. Mas Sotero [este era su nombre] se habia impuesto de todo, segun queda dicho, desde su dormitorio de popa, habiendo tenido la precaucion de exhalar de vez en cuando algun gemido, ó de murmurar palabras inconexas, ó de revolverse con el embarazado movimiento de una voluntad inactiva, para no despertar sospechas en aquellos dos hombres, ambos al parecer enemigos de otro á quien él debia la vida, y poder contrariarles la consu.



macion de sus acuerdos.

Sotero siguió á lo largo con sus ojos el bulto del dominico, y así como se le desvanecía á efecto de las sombras que las velas proyectaban sobre la cubierta, comenzó à esperezarse concluyendo por levantarse y dirigirse al lado del pirata. Este le miró con recelo al principio, si no creyendo que le hubiese oído á lo menos como un hombre enojado contra él que apresándole le arrebatara á un tiempo libertad y porvenir: mas el piloto habia dejado de pensar en sí mismo por aquellos momentos para ocuparse únicamente de salvar á Tuislo, y en su rostro se pintaba la franqueza.

— Buena noche, camarada,—dijo el pirata con una sencillez calculada.

— ¡O!a!—le respondió aquel—¿ahí estabas tú?— Precisamente.

— Y ¿qué tal? has dormido bien, eh?

— No señor; he dormido muy mal.....

— Ya...! La cama no debe de ser muy blanca que digamos.

— La cama es la que cumple al marinero..

— Entonces.....

— Es, señor Morgan, que he tenido malos sueños...

El pirata volvió à mirarle algo sorprendido.

— Malos sueños...? repitió en tono interrogante:—¿y qué tenían de malos los sueños? A nadie he herido, ni aun amenazado desde que subí á esta nave, para que un espectro ó un puñal suspendido sobre la cabeza de la víctima hayan hecho su sueño trabajoso.



—En efecto,—repuso Sotero:—á ninguno de nosotros habeis herido todavia...

—Y bien...?

—Pero como podeis herir mañana...

—Tranquilízate, buen hombre: mi acero no se teñirá en la sangre de los cautivos.

—Que no...?

—Que no...!

Miróle à su vez Sotero con un asombro indefinible, no sabiendo pensar si el pirata hacia traición á la conciencia, ó si realmente habia resuelto rechazar con nobleza las tentaciones puestas hacia poco en juego para reflejar en ella un crimen: luego dijo:

—A fé de Sotero, señor Morgan, que vuestras palabras rectifican las mias.

—Espílicate.

—Dije antes que habia tenido *malos sueños*: pues bien, lo que tuve ó mas bien padecí no fue otra cosa que una horrenda pesadilla.. En ella vi que un jóven valeroso salvó la vida á un anciano, y que el anciano, dominado de la pasión ardiente que acariciaba por la amante de su salvador, imaginó asesinarle...

—Bah! La fantasía tiene sus extravagancias, señor Sotero.

—Tal vez, señor Morgan...pero casi pudiera aseguraros que esa extravagancia nada tuvo de comun con mi fantasía.

—Pues entonces, cómo llamaremos á tu pesadilla?

—Si quereis,—repuso á media voz el piloto,—llamadla la *extravagancia de la realidad*...



—Cómo!—esclamó con alarma el pirata, mientras acercando su rostro al de Sotero parecía querer adivinar una verdad antes que oirla.

—Decid que un pacto horrible,—continuó pensando Sotero,—un propósito repugnante á los ojos de Dios y de los hombres, hecho aqui hace un momento y afortunadamente escuchado por mí, es uno de esos delirios que padece el cerebro, y si os parece poco, añadid que el mio además está escitado por el vapor del aguardiente: decidlo, que yo siempre creeré que debo creer, y haré lo que cumple á un libre humano, aunque de mar.

Esta última respuesta de Sotero hizo comprender hasta la evidencia á Morgan que ya no era posible ni tiempo de emplear el disimulo. El piloto lo habia oido todo y al parecer estaba dispuesto á contrariar la intriga; mas el pirata queria conquistarle no para hacerle variar de su idea que él tambien acariciaba sino para ponerse ambos de acuerdo á fin de que no se errara el golpe por razon de una imprudencia.

—Sotero,—le dijo con cariñosa confianza,—veo bien que amas á Tuizlo como yo, sin conocerlo.

—Vos, Morgan? ¿Decís que vos le amais?

—Le amo ya poco menos que á mi hija.

—Y sin embargo,—repuso el piloto,—no hace mucho. . .

—En efecto: ahora mismo he estado tratando de su muerte; pero así era necesario para comprender la estension del peligro que le cerca y combatirlo con acierto. El padre Cárlos ha



jurado en el fondo de su corazón la muerte de nuestro joven amigo, encubriendo ~~unos~~ celos mal fundados, con el ridículo deber de castigarle por ingrato hacia Don Ricardo, y de impedir que un idólatra inicie en las delicias del amor al alma pura de Isabela. ¡Llama ingrato á Tuizlo, porque mancebo hermoso y libre ama á la hija de su patrono, que tal vez ha preparado calculadamente el desarrollo de esa misma inclinacion...! Qué ingratitud mayor que la del poseido religioso?

—Caba!, amigo Morgan! exclamó Sotero afirmativamente.

—A no ser por el denuedo de Tuizlo que nos detuvo á mí y á mis compañeros en la hora de la fiesta, ninguno de vosotros los de popa se hubiera escapado de la cuchilla. Asi lo comprendieron Don Ricardo y su hija cuando apenas arrojé mi pistola se llegaron á estrechar el pecho y la mano del mancebo: asi lo comprendió tambien el padre Carlos cuando se arastraba á sus pies como un reptil murmurando estas palabras: —“*Perdona, Tuizlo.*”

--Ah! conque le oísteis?

—Seguramente; y por tales preguntas adiviné que algo de temerario habia pasado antes respecto del fraile para con el joven. Asi, pues apesar de los arteros recursos que ha empleado con el fin de seducirme á cometer el asesinato de su libertador, apesar de presentarlo á mis ojos como un villano que trata de robar la honra de Don Ricardo y la salvacion á Isabela, no ha logrado otra cosa que escitar mi cólera, y



juro que á no ser un sacerdote le hubiera sepultado en el pecho mi puñal.

Calló un momento para estudiar el efecto que sus palabras producian en el ánimo de Sotero; mas éste, levantando los ojos á la luna cuyos últimos vislumbres se exhalaban entre los rayos vivísimos del alba, tomó la palabra para decir con refinada malicia:

—Sigo, pues, señor Morgan, la historia de mi pesadilla. El anciano que meditaba asesinar al mancebo pasaba por un bendito religioso; pero apremiado por el que pretendia hacer cómplice del crimen confesó no ser esencialmente otra cosa que un soldado.

—Bien, Sotero,—dijo el pirata con resolución que estás en su secreto; mas tambien sarás que le prometí no descubrirlo.

—Yo no soy vos...

—Sin embargo, creeria que te lo revelé.

—Señor Morgan! no merece consideracion alguna el hombre que á nadie considera: yo soy franco: si se viene á mano digo redondamente que el fraile es un desertor.

—Silencio por Dios...

—Y que su nombre es Cayetano...

—¡Buen modo, por cierto, de castigar su ingratitud para con el hombre á quien debéis todos la vida!

—Es que si fuere preciso, señor Morgan, le ahogaré entre estas manos que son como dos anillos de hierro.

Y las contrajo con furor haciendo résonar hasta la última de sus coyunturas.



—Es decir que amas de veras á Tuizlo..?

—Si señor: le amo, y no le acecho despues de merecerle el bien inapreciable de la vida y de esperar en su promesa el rescate de mi libertad. Mi amor, por esta parte, es la obra de la gratitud. Pero le amo tambien como á un jóven cuyo pecho ocupan sentimientos generosos: le amo porque al parecer desdichado sufre con heroismo su infortunio; y esta razon unida á la anterior me imponen el deber de defenderle aun á costa de mi propia vida, porque yo os lo dije, señor Morgan, aunque hombre de mar soy humano.

—Bien, Sotero.

—El Señor Cayetano puede ver cómo se las maneja, si no es que quiere morir sin calentura.

—Siempre sería mejor no cometer una imprudencia, quizás funesta á la salvacion de Tuizlo. Este puñal será mas certero que las manos.

Y quitándose de la cintura una finísima oja la entregó al piloto.

—Pero te advierto, continuó, que no has de vibrarlo sobre el pecho de ese impostor hasta que avance siquiera un solo paso en el camino de los hechos.

—Gracias, señor Morgan, dijo Sotero guardando el arma, y en cuanto á vuestra orden sereis obedecido, reservádome el derecho de espíarle.

—Sea, principalmente desde el punto en que toquemos á la Zaona; porque pudiera ganarse algunos hombres de los que hoy me sirven y



formarse un gran partido. Desuidad capitán.

—Y que nada sepa Tuizlo hasta entonces.

—Así lo haré.

Dicho esto Morgan hizo una seña á Sotero para que se desviara, lo que verificó aquel talarando una canción en extremo significativa.

El día perfilaba enteramente los contornos del mundo, dejando entrever hacia popa y como desvanecidas las costas apartadas de la Española y á proa las playas ya inmediatas y los cantiles de la Zaona.

Don Ricardo é Isabela se levantaron de sus mol mullidos lechos y vinieron á saludar el día ca de Morgan, mientras Sotero, echando pes contra el cocinero porque aun no había rendido lumbre, se disponía á hacerlo por sí mismo en el deseo de tomar una taza de café.

Cuando Tuizlo se separó de su amada después de sus primeras esplicaciones amorosas se sentó sobre el tango de la redonda, á proa ébrio de pasión y de alegría. Para su alma se había abierto aquella noche las puertas del paraíso; y los delirios de una imaginación volcánica fundida entre los Tropicos, que despierta llena de lozanía y de vigor á las emociones de un amor sublime, poblaban, por decirlo así, los instantes de su existencia, aquellos instantes que rápidos volaban al vacío entre el sonoro canto de las olas. Hermoso como el Apolo de Belvedere Tuizlo parecía mas que un ser humano un génio del Olimpo: la soledad misma que le rodeaba contribuía á darle una apariencia semi-divina, haciendo recordar esas fi-



guras colosales que se veían en los Senadores de la antigua Grecia y que se veneraban como inspiraciones sagradas de sus genios. Para comprender de una vez lo que era Tuizlo baste saber que este nombre significaba en su idioma *Flor única*. (Tuit-thilo) y que solo se daba en las familias à las mas lindas de las hembras.

Sentado conforme queda dicho, en aquel extremo de la nave, se gozaba en recordar las palabras de Isabela, sobre todo las que de una manera irrevocable, con un acento enfático y divino le aseguraban su amor *hasta la muerte*; abando por sumergirse en una especie de ésis, salpicado de melancolía y de esperanzas, de lágrimas, de dulces suavísimos languidos suspiros.

Hay situaciones inesplicables: su importancia verdadera no admite una fuerza de expresión ó colorido suficiente á describirla, y pasados los momentos que las contemplan, solo queda à la inteligencia la habilidad de concebirlas.

El amor, que no ha rodado todavia del alma del espíritu para rebotar sobre el cuerpo ó la materia, es frecuentemente el principio de esas misteriosas situaciones. No habiendo prostitucion, el amor se presentaba en el iris de la vida como un rito, como una virtud; y todo lo que procede de una creencia sublime ó un sentimiento elevado tiene un caracter no menos imponente que grandioso.

Tuizlo amaba à Isabela aun mas de lo que amaba la vida: hallaba en ella cuanto hay de



poético y encantador como mujer, cuanto hay de interesante bajo el punto de vista en que lo bello coloca generalmente á los sentidos; pero al mismo tiempo la veneraba desde el fondo de su corazón como un espíritu aureoleado de bondad y de pureza, como un ángel capaz de replegar sus alas y de morir al primer contacto de las miserias de la vida humana. Hé aquí, pues, la razón de aquel profundo éxtasis, en que si esperaba por una parte saludar días de felicidad, -- principio de sus lágrimas, -- por otra dudaba de ella misma estableciendo desventajosas diferencias; y entonces la melancolía que devoraba, y la desconfianza y el suspiro...!

Un incidente de todo punto extraño á las ilusiones é inquietudes que acabamos de trazar, vino á distraerle de la situación embarazosa á que le habían conducido, si bien es cierto que de una manera nada lisonjera.

Al separarse el supuesto sacerdote del pirata se echó, como queda dicho, sobre un bulto de lona tal vez con el objeto de dormir; pero los celos por una parte, seguro ya del amor de Isabela á Tuzlo, y por otra el calor de las venganzas que contra estos mismos y contra Morgan calcinaba por decirlo así hasta la más húmeda fibra de su alma; fueron motivos poderosos á que el sueño huyese de sus párpados dejándole entregado á la acción de sus bastardos sentimientos. Sus ojos, como los ojos de la hiena á quien irritan en la jaula, espían desde el escondrijo de lonas los movimientos que hacían Morgan y el piloto durante la conver-



sacion, el reposo de Don Ricardo, de quien comenzaba á desconfiar, la inocente confianza de Isabela y la actitud meditabundo del jóven indio cuya figura se destacaba magestuosamente al extremo delantero de la nave como los ángeles salvadores de las vírgenes escapadas al vicio en Sobein.

Pero Cayetano llegó á cansarse de la inaccion en que le mantenía aquella especie de espionaje á que voluntariamente se había sometido. Necesitaba explotar las intenciones de todos y cada uno de los seres que podían contrariar su impuro amor, y concebir despues el plan mejor de derrotarlos: de Morgan estaba ya seguro puesto que se había comprometido á secundarle con la muerte de Tuizlo. Faltábale ganarse al piloto, en quien descubría por éste algunas afecciones; pero despues de haberle visto conferenciar con el pirata de una manera misteriosa comenzó á dudar de la palabra del uno, y á perder las esperanzas de conquistar al otro. Su indignacion entonces se salió de madre, y levantandose con todo el desconcierto que ella sola sabe producir se encaminó á la proa resuelto á poner en juego una horrenda intriga.

El jóven indio se estremeció desde su solitario apartamiento al ver que el sacerdote avanzaba á él y se preparó á una catastrofe. Ningun objeto podía guiarle si no era el de provocar esplicaciones respecto á su amor por Isabela, y se dispuso á répulsarlas con energía, aunque para ello fuese preciso la irreverencia



y el escándalo. Pero su rival no le dió tiempo a ordenar el empleo de esos medios violentos: al acercarse la risa de la benevolencia resbalaba sobre sus labios, y el jóven llegó á avergonzarse de la lijereza y susceptibilidad con que le habia juzgado. ¡Cuán espuestas están siempre las almas generosas á ser víctimas de la maldad y de la astucia!

El sacerdote, pues, miró un momento á Tuizlo.

—Paréceme, —le dijo con acento cariñoso, — que os hallais muy bien en esta soledad: la melancolía es el elemento en que se columpian los espíritus apasionados, y nada es mas melancólico que el mar medio envuelto todavía entre las sombras de la noche. Sus mismos rugidos postran en vez de despertar. . . .

—En efecto, —contestó el jóven con algun embarazo.

—Pero me atreveria á asegurar que esos espíritus sacudirian apesar de su pasion los lazos que pretenden embargarlos, desde el momento en que supieran como á espaldas de esa melancolía se agrupa una tempestad. La vida es mas hermosa que toda la poesía de las imaginaciones juveniles exaltadas por el silencio y el retiro. . . . y antes que dejarse postrar conviene que despierten. . . .

—No comprendo, padre, el espíritu de vuestro discurso, aunque en el hablais de tempestades.

Tuizlo al aventurar estas palabras estaba visiblemente agitado: el hombre que le hablaba



era su rival, y no podia esplicarse el lenguaje que empleaba con la cólera en que debía rebozar su pecho.

—Eso depende, hijo mio, de mi aficion al empleo de la parábola, aunque en verdad lo que llevo dicho no participa tanto de sus propiedades como para que dejes de comprenderme, si no lo tienes por enojo.

—Es verdad; pero os agradecería que fueseis menos figurado, si es que pensais proseguir comunicando conmigo.

—Enhorabuena, hijo mio; y para iniciar un estilo claro y campanudo, empezaré por decirte que sin razon te has declarado mi enemigo.

—Os habeis adelantado á tocar una cuestion que os llevo todas las ventajas, y de las que por dignidad no debisteis pretender nunca despojarme. Nada os he hecho, señor, nada os he quitado: antes bien si vuestro corazon palpita ahora, tengo el gusto de recordaros que à mí lo debe, sin que esto sea parte à envanecerme.

—Tu valor, Tuizlo, solo iguala á tu nobleza.....

Y diciendo asi el dominico sentia que el sudor aljofaraba su frente helada como la frente de los muertos. Aquel recuerdo de un favor inapreciable en un pecho agradecido, era un proyectil disparado contra la venganza horrible que recataba el suyo. Imposible hubiera sido á Cayetano añadir una sola palabra á su respuesta: la vergüenza y la indignacion le sofocaban.

Tuizlo continuó sin escucharle:

— Y por último, señor, vais á recuperar vues-



tra libertad, por la promesa que hice á Morgan de entregarle los tesoros de mi padre. Vos, sin embargo, me habeis querido rebajar en la estimacion de Don Ricardo y de su hija, llamándome *esclavo*, por mas cierto que estais de que vivo á la sombra de ellos porque asi cumple á nuestras respectivas voluntades. . . . No digo lo mas que habeis querido, porque en medio de todo os considero lo bastante para escusaros del rubor. Meditadlo, padre: habeis sido conmigo muy injusto.

—Tal vez; pero. . . el presente puede compensar ese pasado.

—Padre! La ingratitud y la perfidia no admiten compensaciones: son dardos que abren heridas muy profundas, y yo no creo que haya balsamo capaz de bajar hasta su fondo.

Un rugido de frenesí se levantó en el pecho del sacerdote y murió cautelosamente en la garganta: si hubiera llegado á abrirse paso por aquellos labios, que una fuerza nerviosa habia reunido, sin duda restalla con estrépito en los juanos horizontes. Un momento de silencio hubo menester para que se repusiera, porque para el logro de su objeto era necesario encadenar sus pasiones y responder sin escucharlas.

—Pero advierte, Tuizlo, que apenas me calificas de injusto cuando de injusto te acreditas.

—No sé como, señor.

—Precisamente llamándome ingrato cuando vengo á pagarte mi deuda de vida con la salvacion de la tuya, cuando en vez de ser pér-



fido vengo á traicionar un acuerdo horrible en que tú debes ser la víctima, cuando en fin, vengo haciendo frente á tu despecho, *para despartarte de la somnolencia que te postra y compensar con el presente lo pasado.*

— Vos, padre?

— Yo, Tuizlo.

Y un rayo de gozo iluminó su rostro.

— Permitidme, señor, que os suponga bajo la influencia del sonambulismo, y pase inmediatamente á creer que habéis venido sin voluntad á delataros. No se quien, fuera de vos, me quiera sacrificar á sus venganzas; porque á nadie he causado en la navegacion ni en parte alguna la mas lijera pesadumbre.

— Entonces ignoras que la inocencia sucumbe á veces bajo los golpes de una mano que dirige el despecho, al ver que aquella brilla con una luz agradable á los ojos del Señor.

— Por lo menos, dudo que el Señor lo consienta.

— Sin embargo, hijo mio, nada es tan frecuente por desgracia.

— ¿Es decir, que vos, irritado sin razon porque Isabela me ama, quereis sacrificarme; y despues de ordenar vuestros villanos medios venis á prevenirme para gozaros en mi sorpresa ó forzarme á rescatar mi vida con una renuncia favorable á vuestras insolentes esperanzas? Podeis, señor, descargar el golpe cuanto antes, porque

— No me insultes, Tuizlo, sirviéndote para ello de suposiciones tan horribles. Si es verdad



que al principio me pronuncié contra las esperanzas de tu alma respecto á Isabela, dando márgen á que, como acabas de indicarlo sospecharas que vertian sus fuegos en la mia, te juro solemnemente que tu lenguaje y tu denuedo han rectificado mis ideas, de tal modo que si entonces me pronunciaba en tu daño hoy me pronuncio todo en tu favor. La pasion que te arrastra hácia Isabela se presentó á mis ojos como el capricho puro de un salvaje, como el instinto de la sensualidad despertado en el silencio y estimulado por el despotismo de la juventud; y resuelto estaba á revelarla hoy á Ricardo, porque de ella solo me proponia guéncia para su honor cuando no desastres. Hasta aquí me impulsaban la amistad y el celo por la virtud combatida recomienda tanto Señor á sus ministros. Pero luego supe cual tu origen, cuales son tus principios, y que esa virtud tiene un altar en el fondo de tu pecho: ademas que en su defensa ibas á sacrificar propia vida cuando intimastes al pirata la órden de retirar sus compañeros ya prontos á caer como leopardos sobre Isabela y sobre los mas que te debemos hoy el ser.... Créeme, Tuizlo: mis temores se han desvanecido al soplo de una confianza celestial; y el hombre en quien supones ideas de sacrificio, viene ahora como un ángel á salvarte del abismo que abren á tus plantas la ingratitud y la perfidia. Dí, pues, que me encuentro bajo la influencia del sonambulismo, y que me vengo á delatar.

Tuizlo habia recogido hasta la última pala-



bra del astuto Cayetano con la avidez de aquel que las escucha en boca de un amigo que ofende, se arrepiente y satisface; pero no obstante ser ellas tan armoniosas y ajustadas al triunfo prometido, el jóven creía entrever algo de siniestro en el mismo interés con que las articulaba aquel, y en la intencion con que aspiraba à revestirlas. Por otra parte, la transicion era demasiado súbita para ser ingénua: dos horas no habian pasado aún desde que el dominico estalló en una estrepitosa é insultante carcajada al escuchar los juramentos de Isabela, y ahora venia haciendo una nueva profesion de fé con promesa de un servicio distinguido. Pero las almas buenas son por naturaleza crédulas y faciles de absolver los estravios de las otras almas. Tuizlo vaciló al principio y concluyó por ver en Cayetano á un hombre aunque violento en sus arrebatos tal vez capaz de nobleza, puesto que venia à revelarle un gran peligro. Resolvió, pues, deponer en lo adelante para con él la severidad que habia tomado por escudo.

—Y bien, hijo mio? repuso Cayetano viendo á Tuizlo pensativo y silencioso.

—Buscaba, Sr. en mi conciencia la culpa que me hace digno del riesgo que decís.

—Y la has hallado?

—No, por Dios!

—Yo te la señalaré; ¿amas à Isabela!

—Y Vos.....

—Y yo he averiguado que por disputarte no ese amor, sino á Isabela misma amante ó ene-



miga, se medita su muerte en la Zaona.

—Oh! Eso es horrible! exclamó rabioso el joven: que yo muriera poco importa; pero forzar la voluntad de Isabela, exigirle que consagre á un estúpido sus votos.....

—Al piloto, Tuizlo!

—Al piloto decís.....?

—Oyeme. Hará media hora que Sotero hablaba con Morgan, despues de haberse reconocido uno y otro, porque Sotero tambien ha sido gefe de piratas.

—Ah! pensó Tuizlo repasando su memoria, eso á ninguno de nosotros avisó cuando se caba la chalupa.....

—Por eso, agregó el astuto fraile, tampoco quiso procurarte las armas que le pedías.....!

—Por eso se quedó inactivo á tus espaldas, mientras tú hacías frente á la muerte en su defensa.....

—No hay duda; cómo supisteis que es pirata?

—Yo me habia recostado debajo de la *bota va* buscando el sueño encima de unas lonas cuando oí que le decía: ya ves, Morgan, que he cumplido mi palabra: te he entregado el barco en la misma altura que marqué, y con él no solo dinero en los baules sino un caribe esplendido que te promete tesoros infinitos. Yo no quiero de ellos ni un coral, sino una moza que viene con nosotros y á quien quiero hacer mi esposa. El la ama; pero en lo que va contigo á buscar el rescate prometido, hago que nos case el frailote que allí duerme, y á su regreso ya la hembra andará en mi barco pirateando, “ó lo que es mas seguro; le clavo este puñal en el pecho para que



en ningun tiempo me estorbe; porque Tuizlo es valiente, y de un valiente todo se debe temer." Quedaron acordes Morgan y Sotero en este plan abominable, teniendo en seguida otra conversacion. Entonces me levanté y vine á prevenirte

—Os doy gracias, Padre, por vuestra solicitud, y os ruego me escuseis por la dureza de mis tratamientos.

—Déjate de eso ahora hijo mio, y pensemos solo en evitar el golpe con que amenazan tu vida y la honrra de Isabela, porque ese bárbaro no se casaria con ella como ha dicho. Ah! La habia su concubina primero, y despues la entregaba á sus brutales camaradas.

Tuizlo rechinó los dientes como rechina el mastil agitado por un viento borrascoso, es decir con estridor, mientras su pecho suspendido en forma de bóveda lanzaba y recogia velozmente el aire entre cien ásperos silbidos. Sus ojos brillaban como hogueras:

—Hablad, Padre mio, dijo, y cruzó los brazos sobre el pecho: aconsejadme ó mejor dirigidme en este amargo trance, porque si obedezco únicamente á mis impulsos de ahora es seguro que arrojó sobre mi conciencia la mancha del delito. Si nada tan posible como esconder el puñal con que se me amenaza en el pecho mismo de su dueño y en el pecho de su cómplice! Cuando tenemos la certeza de morir desaparecen los recursos pasivos que se emplearon hasta entonces en la esperanza de salvar la vida, y la desesperacion nos hace fuertes. Esos recursos serian inútiles en el presente caso, aun cuando mi dig-



nidad se rebajara al extremo de admitirlos: solo me queda el de matar ó el de morir. Colocaos, pues, entre uno y otro si en cualquiera de los dos quereis evitar mi perdicion como infierno de vuestra espontánea confianza.

—Si lo haré, hijo mio; pero habrás de obedecerme en todo.

—Hablad.

—Primeramente evita el contacto de esos hombres: en su propósito entra como agente poderoso, su amistad intima contigo para escudados en ella alejar de sí mas tarde la sospecha del delito. Escusa igualmente que te vean platicar con Isabela, porque de este modo irritas medida tus pasiones: yo la instruiré de lo que pasa para calmar sus inquietudes en cuanto a la aparente tibieza de tú amor y persuadirla de que ambos estamos á la defensiva contra los ataques que meditan tus contrarios. Llegados á la Zona partirás con Morgan á mañana tan luego como él te lo recuerde.

—Y Sotero, Señor....?

—Sotero, Tuizlo, corre de mi cuenta.....

—Imposible! Oh! Sotero entonces veria llegado el momento favorable. Privada Isabela de mi apoyo por ausente, y del apoyo de su padre por anciano, seria violentamente arrastrado á vuestros pies por aquel mónstruo y....vos.... ¡Oh Padre! ¡vos los cusariais!

—Me has prometido obedecerme y yo te he prometido que Sotero no realizará el pensamiento de su enlace. Solo te corresponde ahora esperar y no argüir. Además, tu resistencia á



partir á Samaná seria una retractacion de la palabra empeñada, que no perdonaria Morgan fácilmente; y esa palabra, Tuizlo, es si la reténras, la sentencia de muerte de Isabela y de todos nosotros juntos, porque.....recuérdalo, ella simboliza nuestra redencion comun.

—Es cierto....! murmuró el mancebo con dolorosa amargura: el oro que les he prometido suspendió en el aire sus puñales.

—Y bien: si faltas á esa promesa bajarán cortando el aire hasta sepultarse en nuestros pechos!

—Jamás! exclamó Tuizlo con firmeza: yo partiré Señor, en pos de las riquezas que Morgan aguarda de mi mano, y vos quedareis siendo el ángel custodio de Isabela, en todo el tiempo que durase mi partida y mi regreso. Pero escuchadme, Padre mio: si la salvais, como decis podeis salvarla mediante mi docilidad, á la vergüenza de ese impuro desposorio, y me salvais tambien á los efectos de la locura á que él me arrastraria; mis riquezas son inagotables: os diera, señor, una piragua cargada del purísimo oro del *Bonao* y otra de las esmeraldas que ruedan de la cumbre á la base del *Maymon*. Mas.....si me engañais abusando de la confianza con que á vos me entrego.... si aprovechando los dias de mi ausencia desarrollais algun pensamiento hasta hoy hábilmente reprimido ó en un despecho injustificable protegeis el de Sotero.....¡ah! comenzad, señor, á pedir á Dios por vuestra alma, comenzad desde que os aparteis de mí á orar contrito y



preparaos á recibir una muerte espantosa; porque no lo dudeis, ella será el premio que alcanzarán en este mundo el amor impuro y la perfidia que me pierden....!

Tuizlo, en el calor ó mejor dicho en el frenesí de su discurso, habia levantado la voz con las últimas palabras como si nadie mas que el sacerdote pudiese haberle oido; pero ambos se estremecieron al notar que de popa se levantaba otra igualmente cantando esta estrofa con un aire melancólico:

Tiene á veces de la noche,
Entre el silencio y la calma
Presentimientos el alma
Que avisos del cielo son.

—Tuizlo!—se apresuró á contestar Cayetano, para que el jéven no escuchase ó mas bien no retuviese lo que habia oido:—¡Tuizlo, esas sospechas son tanto mas temerarias, cuanto que tener fundamento no hubiera yo provocado vuestras esplicaciones anteriores.

—Bien, señor! guardadlas en vuestro pecho con el carácter que os agrade como yo guardé en el mio las revelaciones del Océano.

—Nada tiene de comun con nosotros ese canto; el marinero canta como el pájaro, sin intencion en la melodía que se escapa á su garganta.

—Yo descubro à Dios en todo.

—Pero las almas corrompidas no alcanzan nunca ni el mas leve soplo de su gracia, mientras no se purifican.

—El que ha cantado tiene entonces un alma



pura, porque Dios ha hablado en ella.

—Conciuyamos, hijo mio:—dijo Cayetano temiendo ya el total desconcierto de su obra:—he ahí la Zona, he ahí el tabernáculo pronto al sacrificio de Isabela! Una palabra, y el lobo ofrecerá en vez del cordero su garganta..!

—Os he dicho ya, señor, que acepto vuestro servicio y os he señalado para cada uno un galardón.... Nada más.....!

—Sea, Tuizlo! A Dios encomiendo el éxito de esta empresa que tan mal te dispones a pagarme.....!

—El os ilumine!

El fraile se encaminó á su lugar de antes con lo mesurado, como acostumbrian los verdaderos y humildes siervos del Señor.—¡Ya es mio! exclamaba con júbilo infantil:—ya somos dos contra dos en la palestra! ¡Ah, señor coplero! ¡Que poco habeis logrado con vuestro ardid por esta parte ingenioso y oportuno! ¡Que tardes llegaron por desgracia esos avisos vuestros, que gustais al cielo, para el alma deslumbrada de un amante niño.

La misma voz de antes concluyó la estrofa de este medo:

Avisos que nunca llegan
En mal hora por fortuna,
Que rompen una por una
Las tramas de la traicion.

—Eso lo veremos, miserable!—gritó furioso Cayetano.

Su voz corrió por la cubierta sin que nadie hiciera alto de ella, y siguió á perderse ya sin



timbre en la tendida inmensidad. Pero al mismo tiempo de exhalar aquella amenazante exclamación sintió frío, su mirada se nubló, y sus labios temblaron como las hojas en el árbol: es decir que toda su osadía desapareció al oír cuán proféticamente le anunciaban la derrota de este último cuadro de su intriga. Por un movimiento natural sepultó la mano derecha en la manga del brazo izquierdo, buscando el rosario para rezar sin duda un tercio: no se acordaba que le había reventado en un raptó de furor al recibir una sátira de Tuizlo; pero retiró la diestra con espanto como si introduciéndola en el fondo de una cueva hubiese tocado a la cabeza del ponzoñoso reptil que en ella se hospedara. Apesar de la rapidez del movimiento volvió á pasear una mirada en derredor para asegurarse de que nadie le había observado: ¿qué era, pues, lo que contenía aquella manga? Al vez más adelante lo sepamos: por ahora basta con saber que en aquellos instantes el sol empezaba á suspenderse sobre la corona fosforescente de las olas entre un grupo lindísimo de tubos.

Los primeros rayos del astro de la vida vinieron á proyectarse oblicuamente sobre la cubierta del *brik*, á un cable poco más ó menos de la poética isla Zaona, cuya vegetación lozana le daba todo el aspecto de un jardín colocado en el centro de los mares. Hacia el Oeste, y siguiendo la tierra después de una muy larga cortadura, se divisaba una playa cubierta de me-



nuda y blanca arena por la cual discurrían repartidos en caravanas innumerables flamencos. Estos pájaros que mejor deberían llamarse aves, tienen la costumbre de repartirse dejando siempre á uno que hace de vigía mientras los otros se aproximan á la playa, y merced á unas piernas larguísimas entran en el líquido elemento en persecucion de los desapercibidos pececillos; pero en el acto de descubrirse un ser que no sea de la familia el vigilante lanza un grito, y todos al escucharle corren agitando las alas barnizadas de escarlata hasta sepultarse en lo mas estado de los muerdes. Esto fué precisamente lo que sucedió al acercarse el brik á la costa y al velamen desplegado á la brisa, y lo que dió lugar á otro espectáculo distinto.

Los pasajeros estaban consagrados en un grupo á la contemplacion de aquella maniobra ejecutada por los flamencos en el ingenioso ardid que les sugeria el natural instinto de la salvacion; pero los gritos preventivos que habian lanzado aquellos retumbaron á traves de las montañas y pronto varió la escena; apareciendo una mujer de alta estatura á que seguian como hasta ocho hombres vestidos con las mismas ropas que el pirata y sus satélites.

Don Ricardo miró con horror aquella figura colosal y luego á su hermosa hija: un pensamiento terrible habia cruzado por su mente abriéndole en el alma al mismo tiempo un raudal copioso de amargura.

Morgan sonrió con una mezcla de amor y pesadumbre, con esa sonrisa que á veces vale por



toda una parracion, mientras en sus ojos destellaba un rayo tibio de alegría.—Don Ricardo, que le observaba con la inquietud mas viva y mas profunda, tradujo esa sonrisa por el fallo que derribaba un ídolo, y no pudiéndose contener le dijo:

—Haceis mal, señor Morgan, en insultar con vuestra sonrisa la desgracia de esa jóven; creia yo que el corazon humano no gozaba al disponer en sigilo un torcedor; pero vos me lo demostrais en este instante y por Dios me causa pena, porque asi me obligais á retirar el juicio que de vos habia formado.

—¿Sabeis Don Ricardo, quien sea esa mujer, para la cual decís que preparo un torcedor?

El pirata hizo esta pregunta con una dignidad que á todos asombró.

—No á fé; mas presumo será una desventurada prisionera.... que os ama.... y á la que por un fatal deslumbramiento vais a desgarrar muy pronto el alma tanto como desgarrada está á mia.....

—Os engaÑais, Don Ricardo,—repuso Morgan, que acababa de comprender la terrible significacion de las palabras del anciano:—esa mujer que veis ahí, esperando nuestro desembarque, me ama como os ama á vos vuestra Isabela, y nada tiene que temer de mí.

—Entonces....

—Es mi hija! Mi hija Lidia.

—Lidia!—esclamó el sacerdote afectando buen humor,—bonito nombre tiene vuestra hija, amigo Morgan!



—Bonito ó feo—repuso Sotero con enfado—nada ó nada debe importáaros, padre mio: vuestro carácter es prohibe determinar el valor de las mujeres, porque para ella habriais de mirarlas con despaño, y mirarlas así es inferirlas un agravio.

El fraile se mordió el labio superior mirando en seguida y furtivamente à Tuizlo; mas éste estaba entregado á su habitual tristeza y nada pudo escuchar.

—Nadie os pregunta á vos cuales sean las obligaciones y reservas que me impone mi carácter, al que osalamente habeis faltado. Ved quien sois y quien soy yo: la distancia que me entre nosotros no es fácil que le salve un ex abrupto sin provocar terribles consecuencias.

—Quién sois. . . .? Un. . . .

—Calla Sotero! —le gritó el pirata temiendo que hubiese cometido una imprudencia.

—Pues no tiene valor de. . . ?

—Que calles digo! —repitió aquel con imperio al mismo tiempo que le fulminaba una mirada de inteligencia; mas antes que el piloto lo entendiera ya lo habia traducido el astuto Cayetano. —No cabe duda,—se decia interiormente: estos dos bergantes están de acuerdo para proteger á Tuizlo contra mis asechanzas, y aun para perderme, si es preciso. . . ¡Bah! ¿Y eso qué, importa? Ya tengo preparado el terreno ó mejor dicho tirada la semilla: no tardaré largo tiempo en recoger el fruto!

Que pasaba entretanto en el alma apasionada de Isabela? ¿Qué ideas brotaban en su men-



te mientras sus ojos llenos de melancolía cuajaban una lágrima de fuego? Qué pensaba aquella virgen del cambio súbito de Tuizlo, de la indiferencia con que hacia largo rato escuchaba sus suspiros? ¡Ah! no se necesitaba un grande esfuerzo de la razon para comprender los hondos sufrimientos que la atormentaban. En vano quiso suponer que Tuizlo estaba en lucha abierta con los celos, porque ella misma se respondia y se turbaba en otro mar de conjeturas no viendo quien pudiera abordo despertarle esa agonía al alma hermosa de su amado. Pensó entonces que Don Gonzalo habria tenido con Tuizlo algunas esplicaciones borrascosas á causa de sus querellas con el provocativo sacerdote; pero como éste último lejos de revelar sentimiento buscaba á Tuizlo con los ojos, como Don Ricardo no se habia apartado de ella un solo instante en el periodo de la noche tambien esta idea fué prontamente derrotada. A qué, pues, atribuir tal desvío? A nada, porque ningunz de las causas que forjaba su irritada fantasia eran poderosas como para legitimarlo. Sin embargo, Tuizlo no procuraba ya á Isabela, y con la frente apoyada entre ambas manos solo veía con delicia las olas que pasaban al costado de la nave, hermosas y cubiertas de una espuma sutilísima.

Llegados todos al punto en que para barcos grandes sirve de fondeadero la parte O. del Zae-na, y recogido el velámen del que ahora nos ocupa se echó el bote al agua y en breves minutos estuvieron en tierra todos los pasajeros,



siendo los últimos Morgan y el piloto. Pero este lloraba como un niño, cubriéndose el rostro con el pañuelo que hasta entonces habia mantenido atado á la cabeza. Al verle así todos le rodearon conmovidos.

—Qué aflige al buen Sotero, señor. Morgan? preguntó D. Ricardo, mientras abrazaba á su hija Isabela, que tambien vertia un mundo de lágrimas.

—Su llanto es justo, D. Ricardo, contestó el pirata balbuceando; y el cielo sabe cuánto hubiera dado yo por evitarle!

—Esa es, Sr. Morgan, dijo el fraile con inclinacion maliciosa, la mas cumplida expresion a buena amistad que le acordáis. Os felicito cordialmente por ello, y me prometo que jamas postulareis tan generoso sentimiento, ya que la desgracia..... no es comun.

Yba á decir, *desconocéis los otros*; pero se encontró con los ojos del pirata que parecian desafiarle, y dió entonces á su idea un rumbo diferente.

—Pero en fin, repuso D. Ricardo, sepámos de una vez por qué se aflige nuestro piloto.

—Os acordáis, contesto Morgan con estrema violencia, de aquel ruido sordo que anoche se oyó en el mar por trece veces?

—En efecto; y me acuerdo tambien, añadió D. Ricardo, que os mostrásteis por ello algo afectado.

—Pues ese ruido lo causaban en las olas los cadáveres de trece hombres que mas abajo de ellas encontraron su sepulcro....!



--Qué decís? esclamaron en coro los aterrados pasajeros.

—La tripulacion y el capitán de vuestra nave sucumbieron bajo el puñal de los míos. . . . Ved, pues, la causa del llanto de Sotero!

—Y permitisteis semejante asesinato, esclamó el fraile con énfasis religioso, sin pensar que hay un Dios en las alturas y que jamas absuelve al que levanta contra su hermano inocente la cuchilla?

—Yo no lo permití, ni hubiera podido permitirlo á estar cerca de ellos en aquel fatal momento, y agradeced mi ausencia del lugar del sacrificio, padre mío, porque á ser de otro modo ninguno de vosotros viviria. Que Dios niega su absolucion á los que manchan sus manos con la sangre del inocente, es una verdad que conozco desde niño: yo la he vertido, pero lidiando. La muerte que brota en un combate en que armas y bríos se miden á la vez, no puede acosar la conciencia del que tiene la dicha de vencer: queda ese torcedor solo para el que durmiendo como despierto acaricia la idea del asesinato, en el delirio de ahogar una venganza sin origen y una pasión sin esperanza.

Tuizlo, que no habia perdido ni una sola palabra de esta enérgica respuesta, levantó los ojos para mirar á Morgan con asombro; no pudiéndose explicar esa lealtad de ideas en un hombre que una hora antes concertaba su muerte con Sotero segun la revelacion de Cayetano. El pirata comprendió algo de la sorpresa del mancebo y sonriéndole con dulzura continuó:



—A vos os toca, Padre mio, dirijir ruegos al Eterno por esas almas y por el perdón de los que en un momento infausto las mandaron a vagar por el vacío: á Sotero sentir, y á Morgan castigar.

Y volviéndose al grupo de piratas:

—Habéis faltado, como unos rebeldes, á la subordinación propia del verdadero Boucanier! Habéis levantado la daga y, lo que es aun mas imperdonable, habéis herido sin esperar conforme vuestro juramento á que mi labio os dijese “herid.” Ah! vuestra osadía no alcanza esta vez el galardón sino la pena y la vergüenza! Tendréis botín: os lo prometi, y yo nunca falto á mi palabra; pero lo tendréis no como recompensa de una hazaña, sino como alivio de un tormento. ¡Ea, camaradas!

Los piratas que viniéron de las montañas á recibirle se acercaron:

—Llevad esos rebeldes á la *Caverna Sorda*, junto al manantial del Inglés, y que en su tenebroso seno se alumbren por un mes con los relampagos que broten de sus grillos.

Los piratas desaparecieron sin articular una palabra.

—Señores! continuó diciendo Morgan á los pasajeros, vosotros aunque estais en la *Zaona*, que hasta ahora ha sido un presidio, nada tenéis que temer de mí ni de los míos. Podéis discurrir libremente dél uno al otro extremo con entera libertad como si os halláseis en vuestros dominios ciertos de que seréis siempre respetados. Vos, D. Ricardo, os alojaréis con



Isabela en aquella cabaña que se descubre á través del montecillo, donde mientras estuviéreis aquí nada os faltará mediante la solicitud de Lidia á quien os recomiendo. Vos, Padre, viviréis en la alcobá que está á la entrada de la *Caverna Sorda*, con eso podréis dar vuestros saludables consejos á aquellos desdichados: Sotero al barracon con mis amigos, y Tuizlo me acompañará en mi estancia hasta la hora de partir en busca del rescate.

Sin embargo de que en estas últimas palabras acompañó una mirada significativa que revelaba cuanto hay de afectuoso y de leal, Tuizlo se estremeció al comprender la distancia á que Morgan lo colocaba de Isabela y recordó todos los pormenores del horrible plan concertado con Sotero. Cayetano por su parte rebosaba en alegría: aquel orden no solo cortaba las relaciones amorosas de los dos jóvenes, sino que era en su juicio el primer paso dado por Morgan para la consumacion del sacrificio del alma de Tuizlo á que el del cuerpo seguiría inmediatamente, y ya se preparaba á otorgar al pirata una pública absolucion de su pasado en recompensa de tan señalado servicio. Al ver su contento sonrió Sotero: ¡cuánto quiso decir esta sonrisa! pero Tuizlo, que no leía en su corazon, la tomó por un gozo prematuro de la muerte con que le amenazaba, y adelantándose hasta enfrentar con el pirata exclamó:

—Antes de obedecer vuestras órdenes, como débiles cautivos que ahora somos, permitidme, Morgan, que os pregunte si quien las dicta es



el hombre ó el bandido? Porque á la verdad, no comprendo qué idea os proponéis al separarnos, cuando debiérais suponer que seríamos mas dichosos si pudiéramos llorar juntos nuestra suerte. La Ziona, señor, está poblada de foragidos que no retroceden ante ninguna consideración: para ellos el pudor de una vírgen y las canas de un anciano son muy débiles barreras, tratándose de satisfacer un antojo brutal. . para ellos, que no vacilan ante el mismo crimen, son ridicúlescos el llanto y la plegaria. . Don Gonzalo, Morgan, y su hermosa y hija, no tienen sobre la tierra otro escudo que mi brazo. . Separarnos, pues, vale tanto como entre ellos indefensos al ultraje.

—Nada temas, jóven generoso,—le respondió el pirata estrechándole la mano con cariño: para que Don Gonzalo y su hija sufrieran no una injuria, sino simplemente una irreverencia de mis vasallos, seria necesario que primero desesen de existir Morgan y Lidia; y esto no puede acontecer mientras no se sumerja la Ziona. . Mis órdenes son las que convienen para prevenir cualquier abuso: obedecedlas todos.

Diciendo así partió acompañado de Tuizlo; desde la salida se suscitaron varias relaciones en el camino que le hicieron conoverse. La doncella y su padre siguieron en otra direccion contraria á la de Tuizlo; pero antecedidos de Lidia que, bella y altiva con su túnica talar de lino cuya blancura igualaba al jazmin, y su larga cabellera suelta al aire, parecia una hada penitente en aquellas silenciosas soledades.



Cayetano tomó el sendero por que habian desaparecido los piratas en pos de la *Caverna Sorda*, mirando simultáneamente á los que en sentido opuesto siguieron al jóven indio y la doncella; y ya iba á estallar en las exaltaciones de su bárbara alegría, cuando advirtió que se le aproximaba el piloto. La sangre quiso sofocarle agolpándose de súbito á su cabeza, convertida en una columna de llamas, porque Cayetano odiaba profundamente á Sotero, sobre todo desde que le censuró sus alabanzas á la hija del pirata; pero se contuvo en los límites de la ficción más refinada, afectando una mansedumbre elíptica, cierto de que cualquiera otro partido no serviría mas que á precipitar los sucesos casi infalibles en el terreno de la duda. Muy al contrario Sotero le miró con soberbia y palideció de rabia. La historia de fray Carlos se presentó toda entera ante su alma como un cuadro asqueroso y creyó un momento que aquella era la hora del castigo. Así solo entre los espesos *jaguales* que se levantaban en medio á la *Zaona*, bien podían Sotero y Cayetano desahogar sus odios sin que nadie alcanzára á estorbarlo; pero el piloto, como antes el fraile, se contuvo no cediendo al instinto de la hipocresía, sino porque no estaba seguro de que el farsante tuviese armas, y atacarle habria sido cometer un cobarde asesinato.

—Amigo mio!—dijo aquel humildemente, entrando el primero por una estrecha serventía— a pesar de las órdenes de Morgan, creo que de vez en cuando vendréis á verme. La soledad



á que vamos á vernos reducidos será mucho mas horrible si en ella no tenemos siquiera el solaz de una dulce comunión.

Sonrió el piloto y afectando un aire distraído le dijo:

—Me parece, Padrecito, que lejos de procurar distracciones debemos bendecir el aislamiento que al parecer tanto os disgusta. Ninguno de nosotros es santo... allá en lo que queda á espaldas de la vida debe asomar una liviandad ó un crimen; pero supongamos que no sea mas de una superchería...

—Una superchería! Pues creéis que una superchería grave siquiera una impalpable huella en el campo de la vida? No, amigo Sotero: la chispa se evapora apenas resplandece.

—Si Padrecito: esa es la chispa que se lanza al aire desde el seno de la hoguera.

—Y bien? Tales son esos pequeños estravíos que casi pueden llamarse inherencias de la juventud.

—Pero hay chispas que devoran... las maldiciones son chispas que crecen y... en fin, yo no entiendo ese modo de decir las cosas con rodeos. Lo que hay es que á ninguno de nosotros le faltará con quien hablar aunque no nos veámos en un siglo.

—Y con quien hablará á solas, amigo Sotero.

—Con su conciencia, padrecito!

—Con su conciencia! Es verdad... pero la Sagrada Escritura dice que solo hablará con ella quien la tuviera manchada.



—Bier? pudo, añadir,—“y el que medita mancharla.

—Luego creéis que algo de terrible se urde entre nosotros?

El miedo de oír una respuesta afirmativa escapándose á los labios del piloto, hizo que Cayetano se detuviera en su camino, como si la fatiga le abrumara; pero en realidad abandonado de las fuerzas, á punto de tener que apoyarse en el robusto tronco de una *Caya*. Sotero que como se ha dicho venia más atras, notó el efecto que en el ánimo de su compañero habian producido sus palabras, y no creyó oportuno correr enteramente la cortina sobre todo sin conocimiento de Morgan, por lo que dijo mientras Cayetano se esforzaba en reponerse.

—No sé si será algo terrible, padrecito; pero una superchería siempre es algo.

—Bah!—repuso aquel respirando con franqueza y volviendo á tomar la marcha:—os comprendo, amigo Sotero: algun golpe de mano preparado por Tuizlo contra el honor de Don Ricardo.

—Tal vez,—le contestó el piloto aprovechando el giro que se daba á sus ideas para esplotar las del sagaz Cayetano.

—Siempre he creido—continuó éste—que al fin y al postre la sierpe ha de morder al seno que la abriga. Don Gonzalo ha visto sin embargo la afición de entrambos jóvenes con indiferencia: esperemos que del mismo modo vea el desenlace.

—Ese Tuizlo...!—Dijo el piloto con una es-



pecie de significativa reserva.

—Si; Tuízlo...! contestó el advertido Cayetano, reconociendo el lazo y ensanchándolo con el uso de la misma reticencia por ver si caía en él quien en él lo intentaba aprisionar; mas Sotero le vió venir, y se resolvió á callar no siéndole posible profundizar por sí solo aquella plática, hasta el extremo que su indignacion apetecía, sin que Morgan quedase por traidor, pues nada en este mundo bastaria á persuadir á Cayetano que el piloto habia escuchado sus criminales confidencias.

Siguieron largo rato silenciosos por la estre- calle de árboles donde el sol no conseguia ramar un solo rayo de su lumbre; hasta que viendo á un pintoresco valle dijo Cayetano á Sotero con toda la confianza que se emplea en- tre dos buenos amigos.

—Con qué... me prometéis, Sotero, hacerme una visita al dia por lo menos?

—Si tanto lo deseais...—repuso aquel cor- samente.

—Si que lo deseo; porque apesar de la aspe- rza con que me tratasteis abordo tengo por vos una decidida inclinacion.

—Esa manera brusca con que entonces os traté puedè que fuera, padrecito para evitar to- mando yo la delantera, que Morgan os habiese abrumado en un rapto de celos.

—Vaya, Sotero: quedo completamente agra- decido á vuestro noble proceder. Pero si aun no me engaño aquella roca horadada es la *Caverna Sorda*.



Sin duda; y esta cadena de chozas que se destaca á la izquierda debe de ser el cuartel general á que se me ha destinado. ¡Oh! Jamas le perdonaré á Morgan cuánto hemos sufrido y sufriremos por obra de su malísima ambición.

—En efecto, repuse Cayetano á quien no se le escapaba ni una sola circunstancia del fingimiento de Sotero:—Morgan nos ha tratado muy mal...

—Mucho.

—Luego... el asesinato de vuestros compañeros...

El piloto no pudo resistir á este recuerdo doloroso y dejó asomar dos lágrimas en los esquinos de sus grandes ojos; mas las enjugó al instante y sin decir una palabra tomó la ruta que conducia al grupo de bohios. Satisfecho Cayetano de haber logrado conmover á aquel corazón audaz y enérgico, le siguió largo tiempo con la vista, y una sonrisa inadivinable rodó ligeramente sobre sus labios convulsivos. Con una rápida evolucion de la memoria revivió todas las circunstancias de las escenas cumplidas en la noche anterior, y comprendió por este medio que el piloto era su verdadero y único enemigo, el que mas habia abordado en el terreno de la irreverencia, tratándose de un ministro del Señor, el que habia, en fin, procurado leer en su interior y arrebatárle astutamente su secreto. Por eso Cayetano sonreia, mientras aquel se alejaba, por eso en el fondo de su alma bramaban el odio y la venganza, y

... sus ojos que no eran los de ella le sur-



al ponerse ambas pasiones de concierto para derrotar un coloso tan temible, mantenian por decirlo así, en una convulsion febril las mandíbulas contraídas del implacable veterano.

Sotero se alejaba jurando en su corazon no perder de vista al hombre que meditaba inmolarse á su mismo salvador y consumir despues una violencia repugnante. Habia tomado ley á Tuizlo, y comprendia muy bien que si faltaba era infalible la desgracia de Don Gonzalo y el oprobio de Isabela. Además, Morgan, segun era sabido, reclamaba para si las mujeres que aprehendia, y no seria difícil que bajo el manto de proteccion que aparentaba dispensar al jóven inculpado, se ocultase el villano pensamiento de burlarse de su confianza y apropiarse la doncella valido de su ventajosa posicion. Era, pues, preciso estar en guardia á la vez con el sacerdote y el pirata empleando medios diferentes, es decir, sirviendo al primero de estorbo y al otro de simulado instrumento.

Al llegar á la cadena de bohíos volvió la vista sobre el camino que habia andado y descubrió á Cayetano que le observaba desde la altura de una roca: sonriéronse mutuamente agitado cada cual por sus particulares impresiones; y como si quisieran escusar sospechas casi á la vez se volvieron las espaldas. Pasado un instante habian desaparecido.

Cuando Tuizlo se despedia de Isabela con una dulcísima mirada, antes de seguir á Morgan, otros ojos que no eran los de ella le sor-



prendieron devolviéndole toda la pasión que aquella mirada contenía, y el mancebo palideció porque vió trazarse en el momento ante su alma un cuadro horrible de luchas y peligros. Lidia, pues, arrogante y bellísima señora de cuantas voluntades contenía la Zaona, depuso su soberanía ante la noble figura de Turzio: verle y amarle todo fué uno; pero no era con el amor que ella afectaba á sus favorecidos de la isla; sino con el verdadero amor, por la primera vez desarrollado, con ese fuego devorante que se prende en grande escala, de improviso, y aniquila la paz del corazón para toda la existencia. Al sentirse vencida de esta suerte dijo su interior:— él no me miraba y ya le amo! qué será cuando sus negros ojos se fijan en los míos, cuando ébrios de melancólica ternura me revelen que él también participa de mis secretas dulces inquietudes!—Y entretanto seguía silenciosa delante del anciano y la doncella, no atreviéndose á volver el rostro, por miedo de sentir en su alma el áspid de los celos.

Pero la inocente Isabela, que en secreto se había dado el parabien de encontrar una mujer en la Zaona, y que no alcanzaba á comprender aquel silencio de Lidia, sino como obra del respeto que la sociedad impone á sus criaturas en relación de sus diversas graduaciones, deseaba oír el metal de voz que tenía y que había imaginado tan dulce como la expresión de su semblante.

—Podrá saber Isabela,—dijo, redoblando el paso—cual es el nombre de su amable guía?



—Se llama Lidia, señora, la que tiene la dicha de guiar por estas asperezas vuestra rarísima hermosura: Lidia la desgraciada para quien el porvenir fué una tenebrosa vision desde la cuna.

—Pues qué! No sois la hija de Morgan?

—Soy la hija de su mas torpe estravio....

—Ah!—esclamó Isabela conmovida:—os compadezco con toda mi alma, Lidia; pero no os apruebo que acuséis a vuestro padre.

—Le acusa mi origen, Isabela, le acusa mi virtud inmolada en los brazos del deleite, de la brutal prostitucion; pero mi alma le respe-

—Lidia!—le dijo austeramente Don Ricardo, el estravio del padre no es una razon para el estravio del hijo. Convengo por un momento que Morgan no ha sido tan celoso como debera en cuanto á conservar vuestro pudor, es de lo que dijisteis se deduce que le ha sputo á todo. ¿Y bien? a vos misma os toba defenderlo contra las asechanzas desornadas de la seduccion y la licencia, antes que abandonaros al torpe ruego ó al despecho. Si vuestro origen tiene alguna mancha, hubiérais tratado de lavarla en las fuentes purificadoras de la virtud, primero que hacerla mas visible é indeleble con el vicio. De este modo seriais hoy el orgullo de vuestro padre, y quien sabe si le hubiérais desviado para siempre del áspero sendero que trilla en evidente mal de su conciencia.

La jóven escuchó estos cargos en silencio y



sin volver el rostro que surcaban abundantes lágrimas; pero Isabela adivinó su amargura y le dijo con cariño.

—No os afliais, hermosa Lidia, por cuanto os ha dicho mi padre: él acusa vuestro pasado, pero no niega que podáis optar a un brillante porvenir.

—En efecto,—repuso el anciano—la Historia Sagrada nos presenta el ejemplo de una mujer, estraviada en un principio, y luego buena hasta alcanzar la gracia del Señor. ¿Habéis leído esta historia?

—Yo no leo, señor, en otro libro que en la naturaleza.

Al decir esto Lidia, con un entusiasmo inextinguible, levantó los ojos al cielo y suspiró.

—Es,—repuso aquel—como si dijéramos que estáis en la obra de Dios.

—Justamente.

—Luego seréis accesible a sus avisos?

—Nunca los he oído....!

—Sabéis lo que es el arrepentimiento?

—Sí! En el silencio augusto de la noche, cuando el mar bate airado afilando los bordes de las rocas, salgo á la playa con frecuencia, porque el sueño jamas pliega mis parpados... Allí, pues, repaso uno por uno mis deslices y lloro avergonzada de mí misma, pidiendo a Dios perdón de todos ellos; mas al nuevo día....

—Escuchad—repuso Don Ricardo interrumpiéndola.—Dijisteis que os avergonzáis y eso solo os responde del porvenir, porque la ver-



güenza es el indicador de una conciencia no del todo corrompida que lucha por sacudir el fardo de sus culpas para entrar, aunque tarde por la senda del bien. Hé ahí, Lidia, un aviso del Señor. Pero no basta el arrepentimiento: se necesita, además la expiación.

—La expiación!—repitió Lidia tristemente.

—Con nosotros viene un sacerdote, que os puede oír la historia de vuestras debilidades y absolverlas señalándoos al mismo tiempo la pena que debéis sufrir por ellas.... Ah! No dejéis de procurarle, Lidia: intérprete y ministro de Dios sobre la tierra, fray Carlos puede limpiar vuestra alma del pecado y restituir os a las fruiciones inefables de la fe, á las suaves alegrías de la conciencia en el triunfo de la purificación.....

—Haréis lo que mi padre os aconseja, hermosa Lidia?—preguntó Isabela á la joven con pronunciado interés.

Mas al volverse aquella para responder, y darse de lleno con la figura celestial de la cautiva se turbó á punto de no poder articular una palabra. La misma impresion recibió Isabela: Lidia era bellísima, y en aquel instante habia realzado sus encantos con la densa palidez que bañaba su fisonomía y la amargura expresada en una ligerísima sonrisa. La razon de este trastorno que habia derrocado toda su altiva majestad, postrándola por decirlo así ante aquellos dos seres estraños, no procedia solo de la vergüenza evocada por su franqueza misma. Amaba á Tuizlo sin haberle hablado, sin apenas co-



nocerlo, y acababa de comprender que el mérito físico de aquella jóven unido á la inocencia de su alma debían de haber hablado al corazón del extranjero y que por consiguiente su amor era el principio de un nuevo sufrimiento.

Pasada la primera impresion Lidia volvió á continuar la marcha seguida como antes de Don Ricardo y de Isabela, hasta llegar á una colina. Allí se detuvo, y señalando á una casita rústica que se divisaba en la llanura.

—He ahí vuestra morada, les dijo, podéis llegar á ella y descansar.

—Y vos? le preguntó Isabela.

—Voy á procuraros cuanto pueda hacer os falta, porque allí solo se encuentran ahora las hamacas.

—Pero volveréis?

—Precisamente.

—Lidia, le dijo D. Ricardo, no olvidéis lo principal.

La jóven inclinó la cabeza, y lanzando al evantarla una mirada indefinible de dolor sobre Isabela desapareció como una sombra entre un bosque espesísimo de quina.

La hija del pirata se encaminó directamente hacia un sendero estrecho que se destacaba á la derecha, sin que en ello tuviese parte la intencion, y siguió en él por espacio de media hora hasta que desviandose un poco encontró otro mas abierto que la condujo al centro de unos espesísimos cuavales. [1]

(1) El cuava es un árbol resinoso que arde como la tea: es la misma cuava de la Isla de Cuba.



La mañana era hermosísima: las auras del Océano retozaban murmurantes balanceando las ramas de la apretada arboleda, mientras el sol se suspendía sobre el éter rebrunido sin encontrar al paso una sola nubecilla que exhalar. El silencio de los sepulcros no es mayor que el que reinaba en aquellas pavorosas soledades. Lidia se sentó en un tronco bajo el pabello que figuraban las soberbias copas de los árboles, y repasando en la memoria todos los sucesos de su triste juventud los lió profundamente; porque ahora había visto cuanto hermosa la virtud un semblante juvenil, y alcanzaba á esplifarse la inmensa latitud de su infortunio. Ese nciauo, exclamaba bebiéndose las lágrimas, ha corrido el velo de la verdad ante mi alma.... pero ¡ay! cada palabra que se escapaba de sus labios me la hería mortalmente. La muger es la eterna víctima del hombre: la atormenta cuando la persigue, la aterra si le resiste y ... vencida la escarnece! Ese mancebo será también como los otros..... como los otros? ¡Imposible! Es muy hermoso para que su corazón consienta la maldad.....! Pero qué tengo que ver con su corazón y su hermosura? Isabela es mas linda que yo, mas noble y..... sobre todo..... Isabela no ha hollado la henra..... El la anfiará y serán felices porque ninguno de los dos tendrá que avergonzarse como yo de su pasado, y marcharán á una por el campo, para mi estéril de la vida, recogiendo flores de alegría, entre un mundo de aplausos y alabanzas. Pero, acaso no se aman



todavía. Oh! si esto fuera cierto y como dice el anciano yo pudiera volver á la virtud.!

Aquí llegaba la jóven en su inconscio discurso cuando sintió un ligero ruido á sus espaldas. Levantó la frente con soberbia y preguntó:

—Quién viene?

—Nada temáis, le respondió la voz de un hombre que llegaba trabajosamente á efecto de las dificultades que para salir al limpio del camino le presentaban los arbustos. Lidia puso la mano sobre el cabo de un puñal que se ocultaba en sus vestidos y esperó, mientras hacia esfuerzos por sofocar sus pasadas emociones. Por fin preséntose el incógnito diciéndole.

—Podéis volver á la virtud, como deseáis, desventurada Lidia, podéis ser feliz con el amor de ese mancebo cautivo que há turbado la paz de vuestra alma y que también en este instante sufre como vos; pero tenéis que comprar con sangre esas delicias.

—Con sangre! exclamó la jóven dando un paso atrás: y sois vos, señor quien me lo dice? vos, que solo debéis aconsejar la práctica de la humanidad y la concordia?

—Yo, repuso Cayetano con aire de inspirado, yo que solo por este medio veo el modo de salvar á este jóven del lazo que le tiende la mas torpe ambicion. Escuchadme, Lidia. Taizlo es hijo del Cacique de Samaná y por lo mismo poderoso, y D. Gonzalo es noble, pero pobre: de modo que le mantiene á su calor como prisionero hasta que venciendo su repugnancia se



cáse con su hija Isabela.

—Su repugnancia! repitió Lidia mientras sus ojos tomaban una espresion de indefinible alegría: ¿pues no la ama.....?

—No la ama, ni la amará toda la vez que ya os ha visto; pero con nosotros viene un hombre atroz que prometiéndose alcanzar una esplendida propina secunda y fortalece las esperanzas del anciano, un hombre que espia hasta las ideas del mancebo y no cesa de exortarle á ese imprudente matrimonio.

—Y bien! ¿quién es ese hombre?

—El único que puede obstruir vuestros pasos en el camino de la felicidad.

—Su nombre?

—Sotero.

La jóven cerró los ojos con una fuerza febril y quedó sumerjida en la mas profunda meditacion, mientras Cayetano dió una vuelta por los alrededores para convencerse de que nadie los oia. No muy lejos de aquel solitario recinto se percibió el rumor de un cuerpo que se alejaba apresuradamente.

—Nos habrán sorprendido? preguntó Cayetano á Lidia con la inquietud de los cobardes.

—No, Padre, le contestó esta: será alguno de los nuestros que vendria á buscar leña al bosque. Habemos, pues de lo que sabéis que me interesa.

—Ya conocéis el nombre del que os puede contrariar en vuestras dulces esperanzas....

—Sí, Padre mio: le conozco y nada me es



tan fácil como paralizar en su corazón hasta el último latido.

Al decir esto tocó al mango del puñal: Cayetano sonrió.

—Pero él nunca me amaría, continuó la joven porque no soy pura como Isabela.

—Podréis serlo en adelante.

—Eso me ha dicho el anciano: con todo... el pasado.....

—Una palabra mía basta para librar las almas al remordimiento de los extravíos.

—Ah! ¡Pronunciad esa palabra, señor, y soy dichosa!

—Os olvidáis, Lidia, que mientras Ganariva no podéis serlo? ¿Os olvidáis que Tuizlo no tiene voluntad propia desde que aquel se ha constituido para él en Argos y en Mentor? ¿Qué adelantaríaís con que yo os absolviera de las debilidades de ayer, si para llegar mañana hasta el corazón de Tuizlo, tendríais que herir y hollar con vuestras plantas un cadáver? Imposible! Yo no pronuncio esa palabra mientras no hubiéreis concluido la obra de vuestra última esperanza, ó renunciéis enteramente á ella.

—Un asesinato.....!

—Habeis dicho que nada os seria tan fácil....

—Cierto; pero nada al mismo tiempo tan horrible.... Yo, señor, he asesinado mi pureza entregándome sin resistencia á las mas torpes tentaciones, envolviéndome en el raído manto del pecado; pero nunca he hecho frente al crimen....



—Entonces,—dijo el astuto Cayetano—esguí vuestra carrera, hermosa Lidia: gozad por vicio, y retroceded ante el camino de la salvación. Quizto será esposo de Isabela, y si no la ama hoy acabará por amarla tiernamente: el trato íntimo es la primera base del amor. Pero tened en cuenta que de este sacrificio Sotero es quien reporta el mayor bien; pues mientras él triunfa y se enriquece vos os seguireis arrastrando como los reptiles en el elemento de la corrupción, y Quizto vegetará conforme entre los hierros de su doble cautiverio. Adios, Lidia....

Y así diciendo se disponía á marchar; pero la hija del pirata le detuvo por el brazo exclamando:

—Jamás! ¡Perzcza ese hombre, señor, si yo me salvo!

—Ya os lo dije—repuso Cayetano volviéndose con calma:—la existencia de Sotero es vuestro escollo: que su sangre tñna ese puñal y os respondo del porvenir.

--Me lo prometéis?

--Os lo juro.

—¿Dónde y á qué hora he de inmolarle?

—Aquí, á las primeras horas de la noche.

—¿Créis que ese jóven me amará despues que sepa como he podido cometer un horrendo asesinato?

—Lo creo, porque comprenderá que al redimirle por ese único medio de la autoridad sultánica que ejerció sobre su alma el procurador gratuito de Isabela, verá tambien cuánto es el



amor de la vuestra. Tuizlo, Lidia, es generoso y á la vez agradecido; poco importan los medios si sabe apreciar dignamente los fines.

—Bien, repuso la jóven abriendo paso á un dolorosísimo suspiro: entonces, señor..... hasta la noche.....

Y sin esperar la respuesta de Cayetano desapareció entre el espesor de los ramajes. Aquel también se alejó con la alegría de los monstruos, con el regocijo de las fieras que no viven de otra cosa mas que de la inhumanidad y de la sangre. Cíerto de que Sotero y Morgan estaban de acuerdo para proteger á Tuizlo contra perversas asechanzas, y de que por consistente era una locura esperar la muerte de este último por el camino pactado con el pirata, marchaba recordando las estrofas que escuchara cantar la noche anterior desde la popa de la ave, y gozaba con la idea de alcanzar el triunfo á favor de la intriga que habia comenzado á poner en acción. Ahora veremos, pensaba, si *comenzan a tiempo los avisos: veremos si rompen las telas que teje la venganza entre las sombras del misterio.* Y la risa, de los protervos se cumplaba en sus labios convulsivos. Así continuó marchando aquel hombre por el bosque, á manera de un chacal rabioso, hasta que llegó á la puerta rústica de la *Caverna Sorda*, en cuyo interior rugían los aherrojados piratas y levantaban á coro mil horrendas maldiciones.

La noche al fin se presentó revestida con todos los atributos necesarios al espantoso crimen que en ella debia consumarse.



El viento que habia tomado las gigantescas proporciones de un asolador huracan silvaba á lo lejos sobre los afilados remates de las rocas evaporándose mas tarde debil como las vibraciones de un gemido. Los árboles corpulentos se balanceaban á su empuje, dóciles cual si fueran flexibles espadañas y confundian entre sí las altas copas, concluyendo por crujir estallar y despojarse de sus renuevos mas pomposos. No habia absolutamente claridad: la luna andaba velada entre un denso espesísimo nublado del que se desprendian infinitas gotas de lluvia, gruesas y en extremo frias: la mar participaba de este desconcierto de la naturaleza.

En el mismo lugar en que tuvo efecto la entrevista de Lidia y Cayetano, cayó de súbito un rayo destrozando un antiquísimo caobo; á la luz del relámpago que le precedió, dos figuras humanas se descubrieron y se contemplaron.....una estaba pàlida y llorosa reclinada contra el mismo tronco del mutilado árbol.....la otra, por el contrario, hizo brillar sus ojos con un fœgo siniestro y sonrió.

—Lidia! dijo y esperó la respuesta de su cómplice.

—Yo soy, señor, respondió aquella con voz desfallecida!

—He visto á Tuizlo, continuó el infame Cayetano, y esta pronto á recompensar vuestro heroismo: el mas hermoso de los hombres responderá satisfactoriamente al reclamo de vuestro corazon, y mi mano consagrará para siempre vuestros votos.



—Así sea. pero ¿y Dios, señor?
Podré esperar que me perdone por la nueva y
violenta culpa que me mandáis á cometer?

—Nada temáis. Pues que yo os lo mando
como habéis dicho, yo soy de ella el solo res-
ponsable: haceos cargo que yo soy la voluntad
y vos únicamente el instrumento. Se trata de
la felicidad de Tuizlo y de la vuestra, y de li-
brar á Isabela de un tormento perdurable: que
sucumba un miserable no es por cierto muy
grande sacrificio para tan dignas áras
pero, silencio! alguien viene
¡Lidia! la seña es una palmada ¿Compren-
deis?

La jóven no pudo responder porque segura-
mente hubiera sido oída Un hombre á
lo que se alcanzaba entre las tinieblas de la no-
che venia con paso apresurado envuelto en el
buriel del marinero, por el camino que condu-
cia á la encrucijada en que se hallaban aposta-
dos Lidia y Cayetano La jóven se
estremeció y su mano estrechó con una fuerza
nerviosa el cabo del puñal que ya empuñaba . .

El desconocido avanzaba con resolucion: Ca-
yetano temblaba de ansiedad

Por fin aquel llegó al punto céntrico respec-
to de los otros dos personajes y se disponian á
ganar una cuestecita que se presentaba á sus
pasos, por la que resbalaban las aguas susur-
rando para seguir en derechura hácia la
mar De súbito resonó una palmada!
Lidia salió de su escondrijo y lanzándose sobre
el desconocido con la rapidez del gavilan so-



bre su presa, le clavó el puñal! en la mitad del pecho.....

—Cielos!..... exclamó el desdichado cayendo en tierra y revolcándose en su misma sangre: ¡cobarde Sotero.....! Ah.....! Bien me lo dijisteis, Padre Anselmo.....!

—Dios mio.....! dijo Lidia con desesperado acento: ¿á quién me habéis mandado herir, señor.....? No es la víctima Sotero.....?

Una carcajada infernal salida de la boca de Cayetano retumbó á lo léjos como el trueno.

—Ese es Tuizlo, incauta! le respondió al fin con un gozo indefinible: ese es mi rival.....!

Mas apenas habia concluido cuando otra voz rebusta inesperada, y amenazante le dijo.

—Sí, miserable ¡Ese infeliz que exhala el último suspiro sobre el todo, es el bueno, el hermoso Tuizlo, el que te salvó anoche la vida para que tú se la arrancaras en fuerza de tus brutales apetitos..... Pero su muerte ¡vive Dios! no ha de quedar sin venganza.....!

Y asiendo à Cayetano del brazo lo arrastró hasta el cuerpo de Tuizlo, mientras con la derecha estraia del seno una finísima daga.

—Insensato! exclamó Cayetano no pudiendo resistir á las fuerzas del atético piloto; detente y considera á cuanto te espone esta irreverencia hecha á mi carácter.....

—Eh.....! Dejémonos ya de hipocresías, maese Cayetano.

—Como! Será que me tomes por otro.....? Has olvidado que soy el Padre Anselmo? Entonces, amigo mio, te perdono.



—Calla necio! Qué estás diciendo ahí de amigo y de Padre Anselmo.....?

—Sotero! repuso jadeando de terror, el falso sacerdote: mira por Dios que tu afecto á Tuizlo te estrayia.... Oh! reconócame á la luz de ese relámpago.....!

—Ya te he conocido á la de la luna? tú eres el soldado Cayetano, que robó sus títulos y su traje al verdadero Padre Anselmo: tú el que en la Española bajo las bóvedas de un templo levantó la mano para abofetear al venerable Fray Pablo.....tú, en fin, el que anoche conquistaba á Morgan para que al volver de Samaná atara un lingote al cuello de Tuizlo y le arro-
rara al hondo Océano!

—Pues que....Morgan....pero....

—No, Morgan nada me ha dicho: todo lo sé de tus propios lábios. Cuando te revelabas á él yo que me fingia dormido te escuchaba.

—Sotero! murmuró débilmente el triste Tuizlo: por un momento creí.....ese infame á quien conozco ahora me habia dicho que eras mi enemigo.....perdona.....¡ay!.... la vida.....! Isabela mia... ..! ¡yo muero.....!

Y lanzando un agudísimo jenido su alma se escapó de aquella forma hermosa para volar al reino de las almas mártires. Sotero enjugó una lágrima cristalina que surcaba su mejilla,

Entretanto, Cayetano que habia leído ya en su horoscopo y por lo mismo estaba seguro de que aquella era su última hora, procuraba sepultar con disimulo la mano derecha en la manga opuesta del hábito. Sotero lo observó y sin



dar de seguir sus movimientos.

—Ea! le dijo con desesperacion: pues que conocéis la Biblia sabréis lo de *el que á hierro mató á hierro muere*: ¡preparaos pues, á morir!

—Ese recuerdo, Sotero, mas que á mí conviene á Lidia, á Lidia que desesperada de la indiferencia de Tuizlo hácia su insensato amor, juró darle la muerte.....

—Impostor! ¿No fuiste tú el que aquí mismo le aseguraba esta mañana que Tuizlo la amaba, pero que yo le oprimia y arrastraba por la fuerza á las plantas de Isabela? ¿No lo dijiste que era preciso sacrificarme para que ella fuese un dia dichosa....?

—Oh.....! gritó frenético el veterano: esto es ya demasiado..... ¡Miserable pirata! ¡Anda á unirse.....

La palabra espiró en los labios de Cayetano, cuyo cuerpo rodó sobre la yerba dando saltos como un pez. Sotero le habia visto levantar el brazo al pronunciar aquellas frases, y sospechando con razon que podía eludir el golpe con el golpe le derribó súbitamente de una sola puñalada.

—Maldito seas.....! exclamó Cayetano en su lucha con las agonias de la muerte.

—Acaba tu papel, víbora infernal! repuso Sotero, y dándole un puntapié despues de arrancarle de la mano derecha una navaja, se echó sobre el hombre el cadáver de Tuizlo y se alejó camino de la habitacion de Morgan. Pocos pasos habia dado cuando se encontró con el pi-



rata que venia á todo correr por la misma ser-
ventia

—Sotero! exclamó horrorizado al verle ¿qué
ha sucedido? qué cuerpo es ese?

—El de Tuizlo.....!

—Como! El de Tuizlo? ¡Vive Dios! ¿Y el
Padre Anselmo?

—No le conozco.

—Bien.....Cayetano.....

—Ah! Cayetano.....

¿Donde está.....?

—En la eternidad.....!

—El fué su asesino! Bien lo sospeché.....
y se dió una palmada en la frente.

—Que sospechásteis?

—Amigo mio, Tuizlo ha sido víctima de una
intriga abominable. Esta tarde llegó un sirvien-
te de la Gruta Sorda diciéndole que D. Gon-
zalo le llamaba. El jóven se envolvió en mi
chaqueta de cubierta para ser mas respetado y
desapareció..... Luego pensé que podría
estraviarse y dispuse que mi segundo le siguie-
se; mas este volvió como á la media hora di-
ciéndome que la oscuridad no le habia permi-
tido encontrarle: salí entónces, oí voces por
esta parte y acudí..... tu presencia me lo
explica todo..... Pobre jóven! Pero en
fin, ¿murió su asesino?

—Murió renegando bajo el filo de mi puñal.

Callaron los dos piratas y compartiéndose
entre sí la carga continuaron su marcha hácia
el cementerio de la Zona situado á un extre-
mo de la playa.



.....
Ocho dias despues desembarcaban de una cha-
lupa en las áridas costas de Cabo Rojo, isla
de Puerto Rico, un anciano enfermo y una jó-
ven loca. A su lado estaba Sotero tributándole
los mayores consuelos; la jóven imprimia mil
besos de fuego que mitigaba el llanto, sobre
una de las plumas de papagayo con que los in-
dios ornan la parte superior de la cabeza, y el
anciano estrechaba á su pecho el arco de una
flecha.....Eran las únicas memorias que
en su desventura conservaban Isabela y D. Ri-
cardo del amigo y del amante.....!!

.....
Pero ¿qué fué de Lidia? Qué se hizo de esta
infortunada jóven despues de haber dado
muerte á Tuizlo....? Esto es lo que nadie pu-
do averiguar; pero desde entónces se oyen en
la Zona unos trístisimos gemidos y unas vo-
ces que piden perdon del lado de la playa siem-
pre que la luna brill; y en el pueblo de Hi-
güey se vé vagar la figura de una mûger en
torno del Santuario de Altagracia. Es evidente
que esos gemidos son los de Lída sobre la
tumba de su víctima, y que aquella blanca, vi-
sion gigantesca y vaporosa, es ella misma que
va á orar ante la Santa Casa de la Virgen...
.....

Por esto, señor vuelvo à decir à V. que ni
hecho cuartos voy á tender mis redes en el lí-
toral de la Zona.

FIN.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

